



Francisco de Rojas Zorrilla

El Caín de Cataluña.

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco de Rojas Zorrilla

El Caín de Cataluña.

PERSONAS:

BERENGUEL.
RAMÓN.
EL MARQUÉS.
CONSTANZA.
LEONOR.
RUFINA.
CARDONA.
CAMACHO.
UN PICADOR.
CONDE DE BARCELONA.

Primera jornada
Salen CAMACHO y CARDONA.

CAMACHO. Deshonra buenos, bergante,
¿Sabes lo que es ser bufón?
una antigua posesión
tan honrada y importante,
echa a perder este día.

CARDONA. Hombre, ¿quiéresme dejar?
¿Dime en qué?

CAMACHO En dejarte echar
melecinas de agua fría
por un treintín.

CARDONA Hago bien,
de su ignorancia me río;
si usted no fuera tan frío
se las echaran también.

CAMACHO. ¡Que una melecina pruebe,
del interés obligado,
de agua fría a un hombre honrado!

CARDONA. ¿Qué importa si era de nieve?

¡En mandándolo un señor,
que reciba sin temores
una ayuda así!

CARDONA. Peores
son las que manda el doctor.

CAMACHO. Pero ¿cuál quedará luego?

CARDONA. Fresco.

CAMACHO. ¿Y la jeringa, di,
es muy pequeña?

CARDONA. Eso sí,
de estas de matar el fuego.

CAMACHO. ¿A mi oficio este baldón?
a azotes le he de matar.

CARDONA. Si, usasted ha de llorar,
¿Cómo quiere ser bufón?

CAMACHO. ¿Pues no soy yo en Barcelona...

CARDONA. ¿Qué es?

CAMACHO. Del hijo más querido
del Conde, el entretenido
acerca de su persona?

¡Con qué estilo cortesano
bufo con este y aquel!

CARDONA. Mírenle, Camacho, él
es aloja de verano.

CAMACHO. Mientes.

CARDONA. Digo que es frión.

CAMACHO. ¿Esto se me ha de decir?

¿Frío yo, y he hecho reír
a un juez de comisión?

CARDONA. Oye, pues, ¿eso qué es?

CAMACHO. ¿Hay mayor blasón?

CARDONA. Mayor:
yo he hecho reír a un regidor

CAMACHO. Poco es eso.

CARDONA. Era del mes.

CAMACHO. Eso es más; mas di, ¿de dónde
(porque te alabe mejor)
era el seor Corregidor?

CARDONA. De Zamora.-¡El Conde, el Conde!
Salen EL CONDE y EL MARQUÉS.

CONDE. La gota me trae rendido,
mucho es lo que me ha apretado.

Marqués, ¿habeisme llamado
a Berenguel?

MARQUÉS. He temido
su condición desigual,
conmigo crüel también,

pues porque me quieres bien
ha dado en quererme mal:
y no he de darle ocasión,
sabiendo que es mi enemigo,
hablándole, a que conmigo
use de su condición;
y como tanto aborrece
su hermano, y sabe que soy
su amigo temiendo estoy
que su indignación empiece
por mi modestia primero,
cuando sabe Barcelona...

CONDE. Yo estimo vuestra persona,
como es razón; y no quiero
que su ira o su crueldad
motivo a enojarse dé;
no puedo tenerme en pie,
una silla me llegad.

ah, Cardonilla, ¿acá estás?

CARDONA. Que verte con salud quiero.

CONDE. Mientras este hijo viviere
no tendré salud jamás.

CARDONA. Señor, ahora es muchacho,
él asentará mañana.

CONDE. Hoy es día de terciana.

CARDONA. ¿A qué hora te da el Camacho?

CONDE. Di, ¿qué es el Camacho?

CARDONA. El frío.

CAMACHO. Mientes, Cardonilla.

CONDE. Cierto,

que contigo me divierto,
y algunas veces me río.

CARDONA. Ve que hago reír al Conde.

CAMACHO. Y con frialdades, ¿no añades?

CARDONA. Mire usted, las frialdades
las echo ya sabe donde.

CONDE. ¿Habéis visto a Berenguel?

CAMACHO. (Ap.) Vengaréme del traidor.

CARDONA. Esta mañana, Señor,
salí en el coche con él

CONDE. ¿Y hoy qué ha hecho?

CARDONA. Lo primero,
porque el barbero tardó,
delante dél me mandó
que yo afeitase al barbero;
pero ya todos proponen
no afeitarse en muchos días.

CONDE. Bueno al barbero pondrías.
CARDONA. Púsele como ellos ponen.
por ver si era menester
vino un doctor, y él mejor:
-Vuélvase, dijo al doctor,
y éntreme la mula a ver;
pasóse a conversación
con dos sugetos extraños
en un cuarto

CONDE. ¿Cuáles son?
Dímelos.

CARDONA. Si te los cuento,
que te has de reír no dudo,
porque un hablador y un mudo
tienen un mismo aposento,
y esta letra alrededor,
esto no se puede errar,
este mudo sabe hablar,
y callar este hablador.
por la casa en cuerpo andaba
y hacia el zaguán se salió,
y porque no se paró
mi coche cuando pasaba,
veinte y cinco con su azote
al cochero le hizo dar,
desde el globo circular
a las líneas del cogote.
decía el cochero primero:
-¿En qué ha errado quien no vio? -
Y a eso le respondió:
-Pues déntelos por cochero.-
Porque vio, cuando llegaba,
dos gabachos que allí había,
que uno cuchillos vendía,
y el otro los amolaba,
dijo: ¡Que ninguno entienda
treta tan fácil de ver!
Este los echa a perder
para que el otro los venda;
pero una sentencia pía
dio al amolador primero.

CONDE. ¿Qué es?

CARDONA. Que amuele al compañero
los cuchillos que vendía.
cosas, vive Dios, intenta,
que no hay quien no las repruebe.

CAMACHO. ¿Pues la jeringa de nieve

que lo hizo echar no la cuenta?

CONDE. ¿Cómo eso no lo dijiste?

CARDONA. ¿Cómo te lo he de contar
si yo no me la vi echar?

CONDE. Sí, pero ¿no la sentiste?

CARDONA. Sí la sentí, es evidente.

CONDE. Pues ¿cómo no lo has contado?

CARDONA. Señor, Porque un hombre honrado
ha de callar lo que siente.

CONDE. Eso deseo saber.

CARDONA. Pregunta.

CONDE. Dime esto ahora,

¿Quiere mucho a la señora

Doña Leonor, su mujer?

CARDONA. Sí, Señor.

CAMACHO. Miente, Señor.

CARDONA. Callar es más acertado.

CAMACHO. Hermano, grave y callado,

¿Sois bufón o senador?

Aunque ella no lo merece,

mas dice que la aborrece

por propia y no por mujer;

y luego una riña entabla

sin por qué ni para qué

a su hermano no lo ve,

y si te ve, no le habla.

CONDE. Tomar en esto la mano,

Marqués amigo, quisiera.

CARDONA. Él quiere de una manera

a su mujer y su hermano,

y hoy...

Sale un PICADOR huyendo de BERENGUEL.

PICADOR. El sagrado me valga
del Conde.

BERENGUEL. Viven los cielos,

que has de morir a mis manos.

CONDE. Hijo Berenguel, ¿qué es eso?

detente.

BERENGUEL. A no ser mi padre

el que os defiende...

CONDE. ¿Qué ha hecho?

CARDONA. Tiene razón mi señor

Don Berenguel, y es muy bueno

que una sabandija dé

ocasión a estos empeños;

y merecía...

CONDE. Cardona,

¿Qué hizo el picador?

CARDONA. ¿Yo sélo?

PICADOR. Señor, porque fui a hacer mal al Tordillo.

CARDONA. ¿Qué os ha echo el tordillo que te habéis hecho mal sin merecerlo?

BERENGUEL. Yo os lo contaré: mandéle, que en un tordillo que tengo saliese a hacer cuatro tornos a ese zaguán, y sabiendo lo que yo quiero el caballo, viene diciendo que es lerdo, que no pisa, que no corre, y que es mejor el overo de mi hermano, y vive Dios, que a no estar vos de por medio...

CONDE. ¡Hijo!

CARDONA. Dice bien mi amo, que el overo es mi camello con una cuarta de cola y seis varas de pescuezo, y tiene un cuarto y vejigas, y es muy angosto de pechos; flaco que pica en sardina, y bizco que frisa en tuerto.

PICADOR. Yo he criado este caballo, y es un caballo bien hecho, de buena boca y de brazos, y que puede el Conde mesmo ponerse en él.

BERENGUEL. Vos mentís.

CARDONA. Hombre, ¿quién te mete en eso?

¿Es el overo tu padre?

A un señor, ¿para qué efeto dices mal de su caballo, y le alabas el ajeno?

CONDE. Ea, vaya el picador.

BERENGUEL. Vaya, pues vos gustáis dello.

CARDONA. Ea, pique.

PICADOR. Una palabra, Cardonilla.

CARDONA. ¿Qué tenemos?

PICADOR. ¿Entiendo yo de caballos?

CARDONA. ¿Todavía? sí por cierto.

PICADOR. Pues no es tan bueno el tordillo.

CARDONA. Picador de los infiernos,

¿Caballo que bebe y come
me dices que no está bueno?

PICADOR. Y no vale veinte reales.

CARDONA. Aquí de Dios, ¿no pondremos
en razón los picadores?

PICADOR. Y no es caballo de hueso.

CARDONA. Ya escampa.

PICADOR. Y no os corredor.

CARDONA. Hermano, así será bueno
para la guerra.

PICADOR. Y se rasca.

CARDONA. Le comerá.

PICADOR. Y le da muermo.

CARDONA. Tengas en la lengua.

PICADOR. Y...

CARDONA. Señor, este está diciendo
mal del Tordillo.

PICADOR. Ya escampa. (Vase.)

Ya me quiero ir.

CARDONA. Laus Deo;

si no le aviso se pone
sobre mí.

CONDE. Llámame luego

a mi hijo don Ramón,

Marqués.

MARQUÉS. Voy a obedeceros.

CONDE. No le digas que está aquí

su hermano.- Hijo, ¿por esto

se ha enojado el picador?

Pregunto: ¿vate a ti menos

que tenga mejor caballo

tu hermano?

BERENGUEL. De eso me ofendo.

¿Todo ha de ser lo mejor
de lo que mi hermano es dueño?

si buena espada me traen,

y estoy con ella contento,

la suya me dicen que es

de más antiguo maestro.

Si algún día señalado

dos vestidos nos ponemos

el mío es el del mal gusto,

el suyo el que alaba el pueblo.

en mi guadarnés no hay,

alhaja, no haya luego

quien diga que otra mejor

tiene mi hermano en el vuestro;

mis jaeces son peores,
mis armas de mal acero,
las tuyas de lindo temple;
mis lebreles y sabuesos
ni acometen, ni descubren
en el monte y llano a un tiempo,
ni uno a la cerdosa res,
ni otro al tímido conejo.
si hacemos versos los dos,
son los peores mis versos:
y esto es lo que siento más
que es alhaja del ingenio.
y si los dos concurrimos
de damas y caballeros
a algunas conversaciones
que ocasionar suele el tiempo,
diga él algún disparate,
y diga yo un gran concepto,
no es cosa, dicen al mío,
y al suyo dicen que es bueno.
y en fin, cuando yo tenía,
para desquitar todo esto,
un caballo, de quien gusto,
tan veloz y tan sujeto
que en empezando a correr
no parará a no haber freno,
se me atreve el picador
a decirme que el overo
de mi hermano, porque es suyo,
es más caballo y más hecho.
y vive Dios, que a no ser
porque vuestra Alteza...

CONDE.

Cierto,

hijo, que no te conozco,
pues solía en otro tiempo,
a tu mala condición
reducir tu entendimiento.
¿A quién quieres, di, que alaben
si no es a tu hermano? Viendo
que eres mi hijo menor,
y tu hermano el heredero.
si saben que viejo estoy,
si ven que estoy tan enfermo
que en sus sienes y en su mano
pruebo la corona y cetro.
¿Habrás alguno en Barcelona,
filósofo tan atento,

que tenga el mérito en más,
y tenga al poder en menos?
¿Cuándo no es el poderoso
alabado? ¿Y en qué tiempo
la huella de los felices
no siguen los lisonjeros?
hermosísimo un cristal
a los rayos del sol vemos
que admira a un tiempo y enciende,
y en su competencia puesto,
ya trino diamante que
arda y resplandezca menos,
sólo porque vale más
el diamante, experimento
que es el diamante alabanza
y es el cristal menosprecio:
nacieras primero tú,
y fueras diamante.

BERENGUEL.

Eso

es lo que siento más yo,
aunque no le ayudo el cielo
la alabanza de segundo
ni la dicha de primero.
CONDE. Berenguel, hablemos claro;
tu condición mala ha hecho
que no haya quien bien te quiera
en Barcelona; soberbio
eres con humildes vano,
mucho más con los modestos.
de ninguno crees virtud,
¡Oh qué mal haces en esto!
que es honra por fe creer
por señas el bien ajeno.
y lo que yo siento más,
entre otras cosas que siento,
es, que eres más inclinado
a ofender, cuando estás ciego,
al pobre que al poderoso;
¡Oh cómo no ves el yerro!
porque si se venga el rico
se venga con el acero,
con el tierno llanto el pobre;
la distinción mira atento
que hay entre el llanto y la espada;
que el rico, airado y soberbio,
una vez de ti se venga,
y el pobre muchas, supuesto

que de tí se venga más
cuanto se vengare menos.

y una cosa...

BERENGUEL. El sermoncillo
es un poco largo.

CONDE. Quiero
reñirte.

BERENGUEL. Pues vuestra Alteza
riña esta vez todo aquello
que ha de reñirme.

CONDE. ¿Por qué?

BERENGUEL. Porque, Señor, si yo puedo,
para darme otro sermón
no me ha de coger tan presto.

CONDE. ¡Ah! no te castigue Dios,
hijo Berenguel, que cierto
que estimas poco el amor
paternal.

BERENGUEL. ¿Yo por qué debo
pagarte ese amor a ti,
si cuando me quieres veo
que no me quieres por mí
sino por ti?

CONDE. No lo entiendo.

BERENGUEL. Dime, ¿cuando yo nací,
si otro naciera a aquel tiempo,
no le quisieras a él
como me quieres?

CONDE. Es cierto.

BERENGUEL. Pues tú te agradece a ti
saber ser buen padre, puesto
que a otro que no fuera yo
tuvieras ese amor mismo.

CONDE. Pero tú pagarme debes
ser mi hijo.

BERENGUEL. ¿Yo qué te debo,
si tú me hiciste segundo?

CARDONA. Dice bien, fue muy mal hecho.

CONDE. Callad vos.

CARDONA. Yo callaré.

CONDE. Idos fuera.

CARDONA. Voime.

CAMACHO. ¿Velo
como es un...?

CARDONA. Habla por boca
de un Camacho.

(Vanse los dos.)

CONDE. Lo que intento
preguntarte...

BERENGUEL. Dilo, pues.

CONDE. ¿No me dijiste tú mismo
que a doña Leonor te diera
por esposa?

BERENGUEL. No lo niego.

CONDE. ¿No te casaste con ella?

BERENGUEL. Es verdad.

CONDE. ¿No es el ejemplo
de la virtud?

BERENGUEL. Las mujeres.
de cualquier hombre travieso,
luego son unas santicas.

CONDE. ¿No es hermosa?

BERENGUEL. No, por cierto.

CONDE. Pues tú a mí me lo dijiste.

BERENGUEL. Me lo pareció primero.

CONDE. ¿No es de la grande familia
del de Tolosa, que un tiempo
dio hazañas a la memoria
de los siglos venideros?

BERENGUEL. Es así.

CONDE. A tu mismo hermano,
con quien tuve hecho el concierto
de casarla, ¿no te acuerdas
que se la quité, sabiendo
que sólo porque él la quiso,
la presunción, el deseo
o la envidia, dieron juntos
nueva materia al incendio?

BERENGUEL. Todo es verdad.

CONDE. Pues dime, hijo,

¿Cómo en un heroico pecho,
donde un amor vivió siempre,
cabe un aborrecimiento?

Con un fingido agasajo,
con un cortés cumplimiento,
una mentira a ocasión.

Con una lisonja a tiempo,
cumples con una mujer
principal. Pero no vengo
en que se asome tu odio
a tus ojos, y que luego
le revele el corazón
al labio todo el secreto.

Quien con la propia mujer

gasta iras, siembra despechos,
groserías anticipa,
ni es noble ni es caballero;
que el tratar mal las mujeres
propias de palabras, pienso
que solamente lo usan
los vulgares y plebeyos;
que cuando tú la aborrezcas,
hijo mío, no es bien hecho;
ya que lo interior sea malo
que lo exterior sea bueno.

BERENGUEL. Pues yo, Señor...

Sale RAMÓN.

RAMÓN. El Marqués

Me dijo... (Ap. Mas yo me vuelvo,
mi hermano está aquí.)

BERENGUEL. (Ap.) Mi hermano

ha entrado, salirme quiero.

CONDE. ¡Ah Berenguel! ¡Ah Ramón!

Hijos, muchachos, ¿qué es esto?

¿Adónde vais?

RAMÓN. Como estabas

agora hablando en secreto
con mi hermano, me volvía.

BERENGUEL. Como vi que entraba a veros
mi hermano, estorbar no quise
que os hablase.

CONDE. Antes me huelgo
que vengáis a esta ocasión.

RAMÓN. ¿Qué es lo queme mandas?

CONDE. Tengo

mucho que reñir con vos.

(Ap. Todo cuanto hace mal hecho
Berenguel, quiero reñirle
a don Ramón; pues con esto,
reñendo al que está sin culpa,
del que la tiene, los yerros
templo, a un mismo tiempo al malo,
vengo a reprender al bueno.)

De manera, don Ramón,
que habéis dado, errado y necio,
en no hablar a vuestro hermano,
porque os ha querido el cielo
confiar una corona
¿Que a otro habéis de darla luego?
¡Si vos supiérais lo que es
una corona!

RAMÓN. Ya veo
que es la corona un alivio
muy pesado; es un trofeo
muy costoso; es un adorno
que aflige al que le trae puesto;
es una riqueza pobre,
un honrado menosprecio
un vituperio alabado,
una lisonja con riesgo,
una libre esclavitud;
pues de la suerte que vernos
que a un esclavo le señalan
sobre la frente, poniendo
(porque se sepa quien es)
nombre o señas de su dueño
así al Rey (¡fiera señal!)
sobre la frente se ha puesto
la corona, porque sepan
que es esclavo de su reino.

CONDE. (Ap. Vivas más que yo, hijo mío,
ya sé que no lo encarezco
poco. ¡Qué discretamente
discurre! Pero no es bueno
alabarle, porque esotro
podrá enojarse.)

BERENGUEL. Por cierto
que es lástima, que a mi hermano
no mandes ponerle luego
en una media tinaja
como a Diógenes, que ha hecho
de despreciar las coronas
filósofo a lo moderno.
¡Qué discreto y qué moral!

CONDE. ¿Pues él tiene entendimiento
para saber lo que vale
una corona y un cetro?

BERENGUEL. Renúnciela en mí, y veamos
si hago yo tan poco aprecio
de la corona.

RAMÓN. Mi padre
la goce, que es lo que quiero;
pero cuando fuera mía
será tuya.

BERENGUEL. Esto no puedo
sufrir, qué quiere decirnos...

CONDE. ¿Qué?

BERENGUEL. Que no tiene deseo

de heredaros.

CONDE. Si tendrá:

¿Piensas tú que le agradezco
la fineza?

RAMÓN. Bien sé yo
que tú conoces mi pecho.

CONDE. Ea, abrazadle, y pedidle
que os perdone.

RAMÓN. Sabe el cielo,
que siempre mi amor ha estado
a lo obediencia sujeto.

¿Pues cuándo yo no te he hablado,
hermano? ¿Cuándo no llego
a obedecerte y servirte?

BERENGUEL. Estos señores modestos
tienen engañado el mundo.

RAMÓN. Los brazos me da, pues vengo
a pedir que me perdones,
si hay perdón donde no hay yerro;
tú eres quien tiene la culpa.

BERENGUEL. Es verdad, tú eres el bueno,
el apacible y el blando,
yo el áspero y el soberbio;
y vete con Dios, hermano.

CONDE. Ea, por mí has de hacer esto,
abrázale por tu vida;
acabad vos, no seáis seco,
noramala para vos;
llegaos más.

RAMÓN. Ya os obedezco.
(Abrazale.)

CONDE.(Ap.) ¡Qué humildad!

BERENGUEL. Porque lo mandas,
yo le abrazo,

CONDE. (Ap. ¡Qué despego!)
Guárdete el cielo, Ramón.

Berenguel, Dios te haga bueno.

RAMÓN. Señor, una nueva os traigo
no buena.

CONDE. Decidla luego.

RAMÓN. Que el turco infesta las islas
de Mallorca, entrando a fuego
y sangre por las campañas
de sus conocidos pueblos
en seis armadas, galeras
y doce navíos gruesos.

Mallorca y Menorca escriben

que las socorras, pidiendo,
primero la brevedad,
que el socorro de tu reino
son las islas; y en mi día,
si quiere ayudar el cielo,
surgir en Puerto Mahón
pueden tus vasos ligeros,
el Maestral en la popa
y en las espumas el remo.

CONDE. Pues en diez y seis galeras
y veinte naves que tengo
surtas en la playa, al punto
se embarquen nobleza y pueblo.
pieza de leva dispare
la capitana; tan presto
sea el socorro como es
el aviso, que si luego
que se reconoce un daño
se interpusiese el remedio,
no hubiera la tiranía
logrado cetros ajenos.

RAMÓN. ¿Quién irá por general?

CONDE. A nadie a fiar me atrevo
Esta empresa sino a vos...

BERENGUEL. (Ap.) Si elige a mi hermano, tengo
de ir yo, y él se ha de quedar.

CONDE. A Berenguel.

BERENGUEL. Agradezco
la elección.

RAMÓN. Vaya en buen hora
mi hermano.

BERENGUEL. Agora no quiero
salir porque él lo aconseja:
vaya don Ramón.

CONDE. Ya espero
la dispensación de Roma
para hacer su casamiento
con Constanza, hija del duque
de Calabria, y no me atrevo,
estando ella en Barcelona,
habiendo venido a esto
desde Italia, aventurar
con su ausencia este respeto.

BERENGUEL. ¿Y yo no me importo más
a mí, que me importa un reino?
Siempre han de echar los segundos
a las balas; los primeros,

¿No le han de ver una vez
siquiera la cara al riesgo?

RAMÓN. Yo suplico a vuestra Alteza
me deje ir.

CONDE. ¿Qué dirá de eso
Constanza, que es mi sobrina,
si os vais vos?

BERENGUEL. Bastante tiempo
pienso que hay, que no vendrá
la dispensación tan presto.

RAMÓN. Vuelvo otra vez a tus pies,
a suplicarte de nuevo
que yo vaya a este socorro,
que habrá quien mormure luego
si me quedo en Barcelona,
después de haberte propuesto
que hago gala del temor
y conveniencia del miedo.

CONDE. Hijo lo que me pedís
me está a mi bien, y no quiero
aventurar la vitoria
por no elegir un sugeto
de vuestro valor y partes,
vuestra experiencia y acuerdo.
Sea luego el embarcaros,
que en vuestra ausencia os ofrezco
galantear a mi sobrina
Constanza, como vos mesmo.
que nunca he dejado yo
de ser galán por ser viejo;
a vuestro valor le dio
esta empresa.

RAMÓN. A los pies vuestros
he de poner la cabeza
del Otomano soberbio.

BERENGUEL. (Ap. Buena ocasión se ha ofrecido
a mi amor.)

RAMÓN. ¡Oh qué mal puedo
irme a embarcar sin el alma
por quien respiro y aliento!

CONDE. Ea, entrad a despediros
de Constanza.

BERENGUEL. (Ap.) Agora celos
y ocasión.

RAMÓN. (Ap.) Agora ojos

No os he menester tan tiernos.

CONDE. Ea, hijo, a preveniros.

RAMÓN. Ea, Señor, a obedeceros

CONDE. Vámonos luego.

RAMÓN. Ya estoy
obediente a tus respetos.

CONDE. Que hasta la torre del río
ir a acompañaros quiero;
vos también a acompañarle

Habéis de salir.

BERENGUEL. No puedo,
Que tengo que hacer.

CONDE. ¡Qué hijo
tan malo!

RAMÓN. ¡Qué sentimiento!

CONDE. ¡Oh amarga vejez!

RAMÓN. ¡Oh ausencia!

CONDE. ¡Oh llanto!

RAMÓN. ¡Ay dolor!

BERENGUEL. ¡Oh cielos!

CONDE. Dos extremos son mis hijos.

RAMÓN. Para mi amor todo es miedos.

BERENGUEL. (Ap.) No puede disimular
Lo que quiere a Ramón.

CONDE. (Ap.) ¡Cielos!

No sea Berenguel tan malo,
y no sea Ramón tan bueno.

(Vanse.)

Salen LEONOR y RUFINA, criada.

LEONOR. ¿Avisaste a don Ramón
como le esperaba?

RUFINA. Sí;

si ahora sale por aquí
será mejor ocasión
de hablar a solas con él.

LEONOR. Por aquí sale.

RUFINA. No sea

que con él hablar te vea
tu esposo don Berenguel.

LEONOR. Pienso que mi esposo ya
por ese cuarto salió.

RUFINA. Su condición temo yo.

Sale RAMÓN.

RAMÓN. Aquí me dicen que está
Doña Leonor, y deseo
saber por qué me ha llamado
en esta sala,

RUFINA. Ya ha entrado
Don Ramón.

LEONOR. Remediar creo
desta suerte mi temor;
desta manera ha de ser.

RAMÓN. A cumplir y obedecer,
hermosa doña Leonor,
lo que me mandáis, llamado
de Rufina, vengo aquí.

LEONOR. Guárdete el cielo (¡ay de mí!)
tú, Rufina, ten cuidado
si alguno quisiere entrar
de avisarme.

RUFINA. Así lo haré;
y a esa puerta me pondré
para poderle avisar. (Vase.)

LEONOR. (Ap.) Ea, al labio sentimiento.

RAMÓN. (Ap.) Dolor, no tan declarado.

LEONOR. Para lo que te he llamado
es...

RAMÓN. Prosigue.

LEONOR. Estáme atento.

Valeroso don Ramón,
cuyas generosas partes
te hicieron todo lo que eres,
a no haberlo hecho tu sangre;
ya te acuerdas de aquel tiempo,
que fino, atento y amante
me quisiste...

RAMÓN. Ya me acuerdo,
cuando en la divina cárcel
de tu amor fui prisionero
el más feliz.

LEONOR. También sabes...

RAMÓN. Que me hirió flecha vibrada
del arco en que las reparte
con ser el amor tan ciego,
tan airado y penetrante
que al verla con venda dice:

«Si es esa venda que traes
de penetrar tan difícil,
¿cómo es la flecha tan fácil?

LEONOR. Concertó tu padre, el Conde,
que tú conmigo te cases,
y que tu hermano menor,
Don Berenguel, se casase
con doña Constanza, hija

del de Calabria.

RAMÓN. Mal haces,

hermosa doña Leonor,
otra vez en acordarme
el fuego que se acabó,
que eso es referirme el que arde.

LEONOR. Pues viendo tu hermano entonces
que me quieres, a tu padre

le aconseja y amenaza,
obligándole a que trate
conmigo su casamiento,
y que a ti puede casarte
con la infanta en Aragón,
ocasionándole en parte
con la conveniencia; y luego
le jura que de no darme
por su esposa, esta ciudad
será otra Troya, que nade
en su incendio, y a su ira
en globos de fuego y sangre.

el Conde, pues, que temía
su condición, y no sabe
dos iguales corazones
cuanto más es lo que arden;
o juzgando que es más justo
que el hijo mayor se case
con Constanza, sin mirar
que aventura en este lance
sangre mucha, suya toda,
cuanta pueda derramarse;
qué desenlaces te ordena
(bien pudo fácil hallarte)
el nudo que tú pudiste
romperle y no desatarle;
tú entonces,preciado más
de obediente que de amante,
contra la fe de mis ojos
que hablan con mudas verdades,
y de los astros también
contra el celestial dictamen,
a doña Constanza admites
por esposa; el Rey su padre
a Barcelona la envía;
(aquí ahora no me acaben
de penetrar toda el alma
estos cuchillos mortales.)
pídeme tu padre entonces

que yo con tu hermano (¡oh antes
en esa media región,
varia nube desatase
un rayo que en este risco
de mi constancia trabase!)
Que con tu hermano ¡ay de mí!
me casase; y por vengarme
de ti, con él me casé,
ciega entonces; mas no tarde
reconocí cuánto yerra
aquella que por vengarse
otro lazo solicita.
Porque al querer desatarle
se vuelve contra el amor
cuanto los enojos hacen,
protesté que me casaban
por fuerza; mas no eficaces
fueron las iras a un ruego
que sobre un precepto cae.
El tálamo y sepultura
llegó con la noche, madre
de las sombras, y mis ojos
dos líquidos manantiales
dan a mi rostro, porque
mis mejillas no se abrasen.
Llegó al tálamo, ¡qué presto!
Pasó la noche, ¡qué tarde!
Su luz agradezco al día,
y mi esposo tan constante
vuelve a repetir el lazo
como el que llega a estrenarse.
pasan días, obra el trato;
es galán, sabe obligarme;
vaste fuera, ya te olvido;
es mi esposo, empiezo a amarle;
soy noble, atiende a mi fama;
quírole, el trato lo hace;
vuelves de Italia, soy roca;
viene la Infanta, es un ángel;
vela mi esposo, ¡ay amor!
¡Ay celos! lloro mis males;
y, en fin, después que de fuera
a Barcelona llegaste,
o sea porque se acuerda
que me has querido, o por darle
disculpa al oído, o por dar
materia que yo me abraze,

toda la voz grosería,
toda la acción crueldades,
sacando de mi fineza
materia para irritarse,
se niega al lecho, a la mesa,
bien que llega a consolarme
que en una propia mujer
estos usados desaires
no la hacen menos hermosa,
menos dichosa la hacen.
En fin, solicita ahora,
(ya es necesario que ampires
una infelice mujer
que de tu piedad se vale)
disolver el matrimonio,
digo, que intenta que pague
mi desdicha y mi hermosura
lo que su inconstancia hace;
ya profanando este templo
del honor, quiere dejarme
a sólo ser de mi llanto
en el público desaire
de su desprecio.

RAMÓN. Pues ¿cómo
puede el matrimonio darse
por nulo?

LEONOR. De la protesta
de fuerza que hice al casarme,
porque disolverse pueda
me ha dicho a mí que se vale,
y es porque quiere...

RAMÓN. Prosigue.

LEONOR. Casarse con otra.

RAMÓN. ¿Y sabes
con quién se quiere casar?

LEONOR. Sólo sé que ya no cabe
mi dolor todo en mi voz,
y que a mis ojos se sale
para que la lengua llore
y porque los ojos hablen.

RAMÓN. Pues lo que importa es saber
a quién quiere, y con quitarle
aquella luz porque mire
todos tus rayos cabales,
se asegura que...

Sale RUFINA.

RUFINA. Constanza,

Mi señora.

RAMÓN. No me halle
contigo; vete, Leonor,
que yo prometo ayudarte
con el alma.

LEONOR. Mucho estimo
que reverencias y ames
a Constanza.

RAMÓN. ¡Oh cuánto precio
que con mi hermano te halles
tan bien, que llores y sientas
que ese ñudo se desate!

LEONOR. Es mi esposo, no te admires.

RAMÓN. Es mi esposa, no te espantes.

LEONOR. ¿Antes que lo sea la quieres?

RAMÓN. ¿Pero tú no te casaste
primero que yo?

LEONOR. Primero
fue dejarme tú.

RAMÓN. Ya es tarde
para quejas.

LEONOR. Para celos
lo es también.

RAMÓN. Siglos te guarde
el cielo, todos logrando
tu esposo.

LEONOR. Largas edades
goces tu esposa.

RAMÓN. Esto importa
que sepas.

LEONOR. ¿Tú de tu parte
me ofreces la ayuda?

RAMÓN. Sí.

RUFINA. Presto, señora, que sale.

RAMÓN. Mucho le debo al olvido.

LEONOR. Locas memorias, dejadme.

(Vanse las dos.)

Sale CONSTANZA.

CONSTANZA. ¡Señor don Ramón!

RAMÓN. ¡Divina
Doña Constanza!

CONSTANZA. Quejarme
pudiera, estando en palacio
que no entres a visitarme
a mi cuarto, pues has visto
cuánto te agradezco.

RAMÓN. Antes

huyo de ti, como el que
despierta de sueño grave,
que para ver necesita
de la luz, y cuando abre
los ojos, la luz que busca
es la que llega a cegarle.

CONSTANZA. ¿Pues qué te ciega?

RAMÓN. Este ejemplo:

pasó a mi voz, quiero hablarte,
y como la voz se arriesga
hago que la lengua calme.

CONSTANZA. Cuéntame tu pena.

RAMÓN. Es tuya,

y sentirla has; pues mi padre
me envía a Mallorca, sabiendo
que el turco infesta sus mares
y que...

CONSTANZA. Agora sí que es más
mi desdicha, es quien lo hace

el golpe que no el amago.

¿Para qué inventó puñales

el rigor y la crueldad

si hay palabras penetrantes?

pues habiendo yo venido

de Nápoles a casarme

contigo, tu padre ¿cómo

hacerme intenta el desaire

de dejarme aquí, ni quiere

solamente me acompañes

antes de estar desposada?

¿Por no haber llegado antes

la dispensación, le dejan

a una mujer de mi sangre,

de mi estimación y prendas,

a que su esposo y su amante

se confíe a la dudosa

fe de los azules mares?

RAMÓN. Una ausencia de tres días

muy poco puede importarte.

CONSTANZA. Pues dime tú, ¿ha menester

la mala fortuna edades?

una niebla turba el sol,

la nube es tema del aire

ya el rayo quebró en el cisco

cuando el relámpago arde;

la noche es riesgo del día,

riesgo es el Etna gigante
de la llama; crece el mar
a porfiados huracanes,
Elon pólvora de plata
y muro de arena bate
no hay firmeza en las estrellas,
los cielos no son constantes,
en edad breve se trueca
la luz por la sombra fácil
en otra acobarda el trueno
el valor de los mortales;
pues yo de la brevedad
del tiempo no he de fiarme;
si en un instante se mudan,
se bañan en otro instante
el sol, la niebla y el rayo,
cielos y astros celestiales,
la sombra, la luz, el Etna,
la mar, la niebla y el aire.

RAMÓN. Yo fui quien se convidó
a esta jornada.

CONSTANZA. No es tarde
para que este error enmiendes;
vuelve a decir a tu padre
que le ruego que no partas.

RAMÓN. Y dime, cuando él lo mande,
¿Será razón que tus ruegos
a mis temores se achaquen?

CONSTANZA. ¿Y ausentarte fue quererme?

RAMÓN. Piensa siempre el que es amante,
que le está bien al amor
todo cuanto el valor hace.

CONSTANZA. Pues tú no puedes partirte,
Don Ramón.

RAMÓN. ¿Pues hay más grande,
inconveniente en mi ausencia?

CONSTANZA. Mayor.

RAMÓN. Dile.

CONSTANZA. No es posible.

RAMÓN. Di por qué.

CONSTANZA. Porque es tan grande
que aunque cabe en el dolor
en el respeto no cabe.

RAMÓN. ¿Pues ser puede mayor mal
el que tú puedes contarme,
que la duda del saberle?

CONSTANZA. Conforme me quieras y ames.

RAMÓN. Grande es, que es grande mi amor.
CONSTANZA. Pues no me atrevo a contarle.
RAMÓN. Valor tengo para oírle.
CONSTANZA. Pero es mi amor tan cobarde,
que temo, aunque tú lo sepas,
que no quieras remediarle.
RAMÓN. Pues si es forzoso el remedio,
yo te ofrezco...
CONSTANZA. ¿Qué?
RAMÓN. Quedarme.
CONSTANZA. ¿Y podrás cumplirlo?
RAMÓN. Sí.
CONSTANZA. Pues oye.
RAMÓN. Pasa adelante.
CONSTANZA. Ya te acuerdas que tu hermano
estuvo tratado, antes
que se tratase contigo,
que conmigo se casase.
RAMÓN. Es así.
CONSTANZA. También te acuerdas
que a recibirme una tarde
al puerto de Palamós
con don Berenguel llegaste.
RAMÓN. Así fue.
CONSTANZA. Entonces te vi,
dueño mío, y al mirarte,
extrañé que por concierto
un alma en dos voluntades
se ajustasen, y esto sería
que como esos astros se hacen
dueños de nuestro albedrío,
por efectos naturales,
ellos allá concertaron
(como ellos todo lo saben)
cómo han de ajustar a un yugo
dos corazones distantes;
iba tu hermano contigo
a recibirme, excusarle
bien quisiera mi atención
a tu oído este desaire.
Viome tu hermano, y al verme,
o bien movido del áspid
de la envidia o de los celos
al ponzoñoso Terrastes;
que yo no he de ser tu esposa
me dice, porque al tratarse
su casamiento conmigo,

para que de mí se agrade
un retrato que le dieron
fue tan poco semejante
a mi rostro, que el pintor
primores mintiendo al arte,
como no hay quien copiar pueda
los rayos del sol como arden,
copió en lugar de sus luces
las sombras que dellas salen.

RAMÓN. ¿Luego por esto (¡ay dolor!)
pretende que ha de anularse
de Leonor el matrimonio?

CONSTANZA. Que aunque tu padre lo mande
conmigo se ha de casar,
dice, y dice que ha de darse
el matrimonio por nulo
de su esposa, que es constante
que en aquel ha habido fuerza
y en este engaño.

RAMÓN. No acabes
de matarme, ten piedad
de ti, si quererme sabes;
y si no atila la voz
al labio si ha de matarme,
que será menos crüel
en siendo más penetrante
¿Cuándo mi hermano te habló?

CONSTANZA. Cuando tu te adelantaste
a Barcelona porque
se previniese tu padre.

RAMÓN. Y di, ya que él se atreviese,
¿Para qué tú le escuchaste?

CONSTANZA. Yo puedo excusar los ojos,
no los oídos.

RAMÓN. Culparte
no puedo que tú lo oyese.

CONSTANZA. ¿Pues de qué puedes culparme?

RAMÓN. Que le atendiese.

CONSTANZA. ¿Y en eso
hallas diferencia?

RAMÓN. Y grande,
que no viene a ser todo uno
atenderle y escucharle.

CONSTANZA. Don Ramón, no tengas celos
(ya que de tenerlos trates)
de mí, porque le aborrezco,
sino dél porque me ame.

RAMÓN. Perdona, Constanza hermosa
que esto es no querer quedarme
por una fe que se dude
con una duda que mate;
pero ahora...

CONSTANZA. ¿Qué me dices?
¿O te quedas o te partes?

RAMÓN. Licencia vuelvo a pedirte
otra vez para embarcarme,
pues no lo excuso, Constanza.

CONSTANZA. ¿Y es justo que no repares
en tan gran inconveniente?

RAMÓN. Confieso que fuera grande
a ser posible.

CONSTANZA. ¿No lo es?

RAMÓN. No; porque si ha de anularse
primero aquel matrimonio,
hay tantas dificultades,
desde que ofenda a Leonor
y que a ti pueda alcanzarte,
como hay de que tú me olvides
y de que yo no te ame.

CONSTANZA. Pues, amor, sed valeroso,
que esta vez he de fiarme
de mí, si a Leonor le importa
el ser en esta lid parte,
aliento de las futuras
y gloria destas edades.
vence, triunfa, mi amor llevas,
que en esta lid te acompañe,
que no quiero que tu fama
de la calumnia se manche;
que ser firme te aseguro
hasta que en brazos iguales,
fatigada la esperanza,
dentro del lago descanse.

RAMÓN. Tanto el valor te agradezco
como el amor.

CONSTANZA. Pues no aguardes
mis lágrimas.

RAMÓN. Yo sé que ellas
son dulcísimos imanes
que a los ojos desde el pecho
los hierros del alma atraen.

CONSTANZA. ¿Luego podrán detenerte?
Salen RUFINA, CARDONA y CAMACHO.

CARDONA. ¿Señor?

CAMACHO. Tu hermano.
RUFINA. Tu padre.
Salen BERENGUEL, EL CONDE, EL MARQUÉS y LEONOR.

BERENGUEL. Ya te esperan en la playa
guarnecidas treinta naves.

CONDE. Ea, a embarcar, hijo.

MARQUÉS. Y ya
a la porfía del parque
diez mil soldados alistan
tus ínclitos capitanes.

LEONOR. (Ap. ¡Que cuando vine a valerme
de don Ramón me callase
que se embarque! ¡El cielo os vuelva!
¡Ah, Ramón, y qué mal sabes
cumplir lo que has prometido!)
sobre esas cerúleas mares
triunfando vuelvas, Ramón,
de los turcos estandartes.

RAMÓN. Yo vendré presto a cumplir
mi obligación.

CONSTANZA. (Ap.) ¡Que me abrase
ver que haya otra que me ayude
a sentir mis propios males!

CONDE. ¿Cómo no te embarcas tú,
Cardona?

CARDONA. Tengo un achaque.

CAMACHO. Di, ¿qué es?

CARDONA. Que me he resfriado
de oírte, y no he de embarcarme.

CAMACHO. ¿Mas que sé dónde te duele?

CARDONA. Dime dónde.

CAMACHO. Aquí.

CARDONA. Acertaste,
más tú me lo pagarás.

CONDE. Hijo, despídete antes
que de todos, de tu hermano.

RAMÓN. Llega, hermano mío, y dame
los brazos.

BERENGUEL. ¡Vuélvate el cielo
como deseo! A esperarte
voy a la raya.

LEONOR. (Ap.) Al salir
de palacio, pienso hablarle. (Vase.)

BERENGUEL. (Ap.) Por si hablar puedo a Constanza,
he de esperar.

RAMÓN. No derrames,

hermosísima Constanza,
de tu amor tantas señales
ni lágrimas desperdicies.

CONSTANZA. ¿Cómo pueden derramarse
si en mi labio paran todas
las que por tú rostro caen
y vuelvo a llorar las que entran
recogiendo las que salen?

RAMÓN. Pues valer, esposa mía
adiós.

CONSTANZA. El cielo te guarde.
(Vanse CONSTANZA y BERENGUEL.)

CONDE. Pues que tu hermano se ha ido,
llega, hijo mío, a abrazarme.

RAMÓN. Dame, Señor, esos pies.

CONDE. El corazón quiero darte, (Abrázale.)
que está más sano.

BERENGUEL. (Desde el paño.)

En el pecho
enciendo duros volcanes.

CONDE. Pienso que no he de llegar
a verte, llega a abrazarme,
con la del cielo te caiga
mi bendición; dime antes
que te vayas, hijo mío,
si algo tienes que encargarme.

RAMÓN. Que por doña Leonor mires
te pido.

BERENGUEL. Ahora piso el áspid
invisible de los celos.

CONDE. Pues dime, ¿puede importarte
más que Constanza Leonor?

RAMÓN. Señor (Ap. No quiero contarle
lo que mi hermano desea,
porque el dolor no le acabe),
mirando por ella miras
por Constanza.

CONDE. De mi parte
te ofrezco lo que me pides.

BERENGUEL. Como antes que se casase
Leonor, la quiso mi hermano,
aquellas cenizas arden.

Sale CONSTANZA.

CONSTANZA. No acierto a irme.

Sale BERENGUEL.

BERENGUEL. ¡Los cielos
Viven....

Sale LEONOR.

LEONOR. (Ap.) Haz que yo le hable,
no podré...

CONDE. Hijo, Leonor;
Constanza, hija.

BERENGUEL. A acompañarte
vuelvo como te tardabas.

LEONOR. Como don Ramón se parte,
a divertir a Constanza
iba a su cuarto esta tarde.

CONSTANZA. A estos balcones salía
a verte embarcar.

RAMÓN. Quedarte
puedes, Leonor; Berenguel...

LEONOR. (Ap.) Disimulemos, pesares.

CONDE. Tú ven conmigo a la playa
que quiero que me acompañes.

LEONOR. ¡Triste ausencia!

CONSTANZA. ¿Tú la sientes,
Leonor? ¡Hay mayores males
que amor con celos y ausencia!

BERENGUEL. (Ap.) Celos tengo tan iguales
de Constanza y de Leonor,
que ya no sé si aventaje,
los de una por mas cercana,
los de otra por más distante.

RAMÓN. (Ap.) La que adoro y la que quise
adolecen de un achaque.

CONDE. Vamos, hijo.

RAMÓN. (Ap.) Dividida
llevo el alma en dos mitades.

CONDE.(Ap.) Todo es mirar a Constanza
Berenguel.

BERENGUEL. (Ap.) Mas con vengarme
aquellos celos me templan
y aquestos me satisfacen.

CONSTANZA. (Ap.) ¿Mas la que no es valerosa,
cómo puede ser amante?

BERENGUEL. (Ap.) Todos los cielos son ira.

RAMÓN. (Ap.) Todo el amor es azares.

CONSTANZA.(Ap.) Con ausencia nada hay firme.

LEONOR. (Ap.) Sin dicha nada es durable.

BERENGUEL. (Ap.) ¿No es mi hermano el que me ofende?

RAMÓN. (Ap.) Quien me agravia, ¿no es mi sangre?

CONDE. (Ap.) No es hijo el que no obedece.

BERENGUEL.(Ap.) El que aborrece no es padre.

LEONOR.(Ap.) Mas sólo un consuelo espero.

CONSTANZA. (Ap.) O hay un alivio que halle.
BERENCUEL. (Ap.) Sólo una templanza espero.
RAMÓN. (Ap.) Sólo un remedio que aguarde.
CONDE, (Ap.) Sólo una esperanza tengo.
LEONOR. (Ap.) Que hay castigo, si hay crueldades.
CONSTANZA. (Ap.) Que hay venganza, si hay agravios.
BERENGUEL. (Ap.) Que si hay celos, hay puñales.
RAMÓN. (Ap.) Que hay constancia, si hay ausencia.
CONDE. (Ap.) Que no es la vida durable,
que estoy viejo y con la muerte
se acaban todos los males.

Jornada segunda

Sale CONSTANZA a medio vestir.

CONSTANZA. ¡Hola, criadas, Rufina,

Cardona, Leonor, amigos!

¡Ah Conde de Barcelona!

Piadosos y enternecidos

oídmelos todos, si hay

para la piedad oídos.

Salen RUFINA, LEONOR, CARDONA, y EL CONDE

RUFINA. ¿Quién me llama?

CONSTANZA. ¡Fuerte pena!

LEONOR. ¿Qué quieres?

CONSTANZA. ¡Ay dolor mío!

CONDE. ¡Quién me da voces?

CONSTANZA. ¡Oh muerte!

CONDE. ¿Quién aquí?

CONSTANZA. ¡Tarde respiro!

RUFINA. ¿Señora?

LEONOR. ¿Doña Constanza?

¿Qué accidente repentino
rompió el coto del silencio?

¿Dónde cautelar he visto

el llanto como palabra

y la voz como suspiro

CONSTANZA. ¡Ay Conde! ¡Ay Leonor! ¡Ay cielos!

¡Luego los dos no habéis visto

muerto a don Ramón, mi esposo,

al acero vengativo

de su hermano?

CONDE. Oye, Constanza,

y de ese mortal delirio

vuelve en ti, t  esposo vive.

CONSTANZA. Ya no crueles y impíos
me templéis con engañar
el alma por el oído,
pues solamente el dolor
me viene a servir de alivio.

CONDE. ¿Viste muerto a don Ramón?

CONSTANZA. Ya imagino que está limpio
del azul Mediterráneo
campo de corales tintos.

LEONOR. ¿Quién le dio muerte?

CONSTANZA. Su hermano
Berenguel.

CONDE. ¡Cielos! ¿Qué he oído?
¿Tú le viste?

CONSTANZA. Mi temor...

CONDE. ¿A tu temor has creído?

CONSTANZA. Sí, que luego el corazón
me lo confesó en latidos.

LEONOR. ¿Quién le acompañó?

CONSTANZA. Su ira,
su envidia y traición han sido
cómplices, y al darte muerte,
traidor, como vengativo,
para que el sol no le ayude
le hizo espaldas aquel risco.

CONDE. ¡Qué valeroso temor
es el mío! Pues me libro
por todo lo que no veo
de todo lo que imagino.

CONSTANZA. Enternecer con sus quejas
esas montañas le he oído,
y que le volvió sus voces
el eco de compasivo;
por siete heridas vertió
parasismo a parasismo,
no un Nilo por siete bocas,
por cada una siete Nilos,
y como por tantas partes
respiraba a un tiempo mismo,
a consumir vino todo
el caudal de sus suspiros;
cielos, si sois tan piadosos,
¿cómo esta vez tan impíos?

¡Conde! ¡Leonor!

Sale BERENGUEL.

BERENGUEL. A la playa
llegó un bergantín de aviso

que hoy mi hermano don Ramón
llega triunfante.

CONDE. ¿Has oído
que vive Ramón, tu esposo?

LEONOR. Tus temores han mentido.

CONSTANZA. Ya lo oigo, pero me falta
Crearlo después de oírlo.

CONDE. El sueño que representa
ciegas especies han sido.

CONSTANZA. No es sueño, pues no perdí
el uso de los sentidos.

LEONOR. Sería ilusión, que ella es
Toda sombras y delirios.

CONSTANZA. Esta centinela muda
del alma el corazón digo,

can señas difícil luego
dio a mis ojos el aviso;
muerto es, tú le diste muerte;

tú trocaste inadvertido
el clavel en azucenas,

la rosa en cárdeno lirio;

¡Aquí del cielo!

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Ya el mar
hoy más que otra vez tranquilo,

a estas murallas franquea
movible ciudad de pino,

vencedor llega el Adonis
catalán, sólo al arbitrio

confiado de los vientos,

y como del mar son hijos

los vientos, piadoso el mar

se rasga el pecho de vidrio,

para alimento a sus naves

pelícano cristalino:

vencedor, dice el arráez

del bergantín, que le han visto

el mar teñido en corales,

el viento hecho de suspiros;

tres galeras de Viserta

trae al remoleo, teñidos

de africana sangre todos

sus intrincados gemidos;

catorce enemigas naves

sorbió el mar, que al hondo abismo

las hizo abatir el viento

las alas del bruto lino

banderas ciento.

BERENGUEL. Callad,

porque no es triunfo tan digno
vencer a piratas cuatro,
que a leños desconocidos
repentinamente asaltan
cobardes, como atrevidos,
tanto que aquel que más huye
es sólo aquel que ha vencido;
¿Qué hizo mi hermano en vencer
con tanto exceso?

CONSTANZA. Ahora digo

que mi esposo vive.

CONDE. ¿En qué

lo conoces?

CONSTANZA. Lo he creído

en que la envidia no pasa
de la muerte; y es preciso,
que perdonara por muerto
al que te ofende por vivo.

Sale CARDONA.

CARDONA. Albricias, Señor.

CONDE. ¿De qué

pides albricias?

CARDONA. Las pido

de que un correo ha llegado
de Roma.

CONDE. Y dime, ¿ha traído
la dispensación?

CARDONA. La misma.

CONDE. ¿Qué es del pliego?

CARDONA. Señor mío

en mi faldriquera viene
pero venga algo amarillo
primero, como cadena,
un cordón, un cabestrillo,
o joya, aunque tenga cien
diamantes y sean cetrinos;
que para que no sean fondos,
yo tengo un platero amigo,
que en vendiéndoselos yo
los hará claros y limpios.

CONDE. Esta cadena te doy.

MARQUÉS. Dentro tiene este bolsillo
cien escudos.

CARDONA. Toma el pliego;
por Dios que se me ha caído;

ay, maldita sea mi alma,
cayóseme en el camino,
que para que no viniera
antes Camacho a decirlo,
le metí en la faldriquera,
¡Ay!

Sale CAMACHO.

CAMACHO. Este pliego ha traído
un correo de Roma, en que
por el tacto he conocido,
que para este casamiento
viene dentro el pergamino,
y en él la dispensación.

CARDONA. ¡Ay, vive Dios, que es el mismo
que yo traía! ¡Ah traidor!

CONDE. Aunque Cardonilla quiso
Engañarnos, a ti sólo
albricias y brazos libro.

MARQUÉS. Toma el bolsillo y cadena.

CARDONA. Señores, ha hecho un delito
Camachuelo, que es ladrón.

MARQUÉS. ¿Pues no me dirás que hizo
que así con él te apasionas?

CARDONA. Sacar seis y meter cinco,
sacóme el pliego a la letra.

CAMACHO. Oigan, qué helado y que frío
se ha quedado.

CARDONA. Sin dinero,
¿Quién está caliente, amigo?

CAMACHO. De tu faldriquera misma
Te lo he sacado

CONDE. Ya vino

la dispensación; hoy sean
las bodas pues tan propicios
y favorables los cielos,
quieren en mi día mismo
darte a ti un dueño y esposo,
y en mí carguen beneficios,
templanzas en Berenguel
y en Leonor.

BERENGUEL. (Ap. ¿Por qué resisto
mis pasiones y a mi labio
todo mi dolor confío?
salga la ira a los ojos,
doméstico basilisco;)
yo tengo que hablar ahora
con vuestra Alteza.

CONDE. Hijo Mío

¿Qué es lo que me quieres?

BERENGUEL. Yo

tengo una cosa que deciros.

CONDE. Nada habrá que tú me pidas,

que no haga por ti; salíos

todos allá fuera.

MARQUÉS. Todos

Te obedecemos.

CONSTANZA. Pues quiso

el cielo que llegue al puerto

Don Ramón, a recibillo

con tu licencia he de ir

hasta la torre del río

que está una legua de aquí,

que allí don Ramón me dijo

que desembarcar pensaba

a la vuelta.

CONDE. Yo permito

Que vayas, que a acompañarte

irá el Marqués.

MARQUÉS. Pues te sirvo

en eso, con la señora

Constanza saldré, al camino.

CONDE. Mi poca salud no quiere

dejarme salir contigo.

LEONOR. (Ap.) ¡Qué de teniores que siento!

CONSTANZA. (Ap.) ¡Qué de espíritus respiro!

(Vanse.)

LEONOR. (Ap. Sin duda quiere pedirle

a su padre ¡ay dolor mío!

que con Constanza le case;

pues avisar determino

con un papel a Ramón

mi desdicha y su peligro.)

¿ha, Cardona?

CARDONA. Señora,

¿Qué me quieres?

LEONOR. Ven conmigo.

(Vanse.)

CONDE. Ea, Berenguel, dime ahora

Lo que pides.

BERENGUEL. Lo que digo

es, Señor, que vuestra Alteza

ya sabe, que cuando quiso

conmigo se desposó

Leonor.

CONDE. Ya yo sé que hizo
Protesta que la forzaban.

BERENGUEL. Pues valerme determino
de esa fuerza, para que
pueda casarse conmigo
otra dama a quien yo quiero,
que hoy por esposa te pido.

CONDE. ¿Pues tú no querías antes
a Leonor?

BERENGUEL. Si la he querido,
pero fue para saber
querer más a lo que sirvo,
como por saber amar.

CONDE. Berenguel, no te he entendido.

BERENGUEL. El que sin hacer errores
quiere escribir un papel,
por mostrar su ingenio en él
hacer suele borradores.

Pintor otro, y verdadero,
que quiere mostrar el arte,
en una figura aparte,
hace un dibujo primero
porque defetos no haya
en la acción y en el semblante,
el diestro representante
antes de salir ensaya
bien claro en esto se dice
lo que el alma llora y siente
que es amar discretamente,
y dos borradores hice.

En mi pecho imaginé
pintar, como en mármol yerto,
con amor que fuese cierto,
y aparte la dibujé;
quise decir lo que quiero,
hoy que a otro amor me rendí;
y en Leonor, mi esposa, así
hice el ensayo primero;
de modo que aquel amor
que viste arder como rayo,
no fue la verdad, fue ensayo
de dibujo verdadero;
que yo para ser amante
fuera del modo ordinario,
primero fui secretario,
pintor y representante.

CONDE. ¿Y a una dama tan hermosa
Tratas con tanto desdén,
y siendo hija también
del gran conde de Tolosa?
No arriesgues con este intento
tu opinión como la mía.

BERENGUEL. Si ella primero quería
anular el casamiento.

CONDE. Si hoy con fineza y verdad
te amase, fuera error grande.

BERENGUEL. ¿Y es bien que mi odio ande
templado su vanidad?

CONDE. ¿Pero quién en Barcelona
(demos que anulado quede)
ese matrimonio puede
igualarse a tu persona?

¿Quién a tu sangre, que es mía,
hay que te pueda igualar
con quien te puedo casar?

BERENGUEL. Constanza puede ser mía.

CONDE. Vive Dios, hijo atrevido,
centro en que tantas traiciones
hay, que vuestras sinrazones
aun no caben por mi oído;
que aunque arriesgue mi corona
por castigar vuestro intento,
le dé al mundo un escarmiento
y un ejemplo a Barcelona;
porque con aqueste amor,
vuestro hermano, que más quiero,
pretendió a Leonor primero
me pedistes a Leonor;
y ahora, ciego e inhumano,
tan errado discurrís,
que a Constanza me pedís
porque la ama vuestro hermano;
decí, el cuando por los dos
lo que pedís pueda ser;
¿tal desaire había de hacer
al de Calabria por vos?
que habiéndola vos dejado
con tibieza y con desdén,
y mal logrado también
de su belleza mi traslado,
viene a ser locura en parte,
que vos tirano y crüel...

BERENGUEL. Mintió entonces el pincel,

todo su primor al arte.
CONDE. ¿Queríais con ciega pasión,
contra el decoro y la ley,
hacer una ofensa a mi ¡rey,
y un agravio a don Ramón?
Ya toda ambición muestra
vuestro pecho; ¡ah, si ese ardor
naciera de vuestro amor
y no de la envidia vuestra!
El envidioso, pensad
que parece en ira tanta
a la sirena, que canta
sólo cuando hay tempestad;
que a ella os parecéis es llano;
pues solamente os da pena
saber que el cielo serena
luces para vuestro hermano.
prenda tenéis en Leonor,
como quien es la estimad,
Berenguel, y imaginad
que aunque ahora os muestro amor,
no es porque amor he tenido,
que este cariño es efeto
de que no os pierda el respeto
tanto vasallo ofendido
de vuestro acero inhumano;
aquel que no es obediente,
no es mi hijo, y solamente
es mi hijo vuestro hermano.
si el serlo os hace fiar,
también nacieron los reyes
para obedecer las leyes,
y sabré yo castigar
al que, sin querer templarse,
la ira y la pasión prefiere;
porque el pecho no cancere
un brazo suele cortarse;
a este ejemplo os amenazo,
que por sanar, vive Dios,
pues sois el peor de los dos
que me corte yo ese brazo.
BERENGUEL. Plegue al cielo....
CONDE. Callad ya.
BERENGUEL. Que si os mostráis justiciero,
venga yo a ser el primero
que temple vuestra crueldad.
CONDE. Un hijo segundo no es

tanto, que haya presumido...

BERENGUEL. ¡Que sea yo el abatido
porque he nacido después!

CONDE. (Ap. Con el amenaza pienso
que he errado todo el motivo,
volverle quiero a templar.)

Ea, por tu vida, hijo mío,
que temples esta pasión,
que yo sólo he pretendido...

BERENGUEL. Ya se me han vuelto los celos;
envidia de nuevo abrigo,
este áspid mental, que ha tanto
que en el alma me ha mordido.

CONDE. Téplate por vida tuya,
Berenguel.

BERENGUEL. ¡En qué mal sitio
pones los ruegos! ¡qué mal
usas del piadoso oficio
de padre! pues cuando el cielo
te quiere encargar, dos hijos
mas pesa en uno tu odio
que en el otro tu cariño
mas si es por darme en los ojos
con sus méritos, si ha sido
para correr inis errores
con sus acciones y alivio
mi venganza en mi pasión...

CONDE. (Ap. Templarle ahora es preciso.)
hijo, el enojo de un padre...

BERENGUEL. (Ap.) De roja sangre teñido,
como lo fingió Constanza,
ha de ir al niár en el río,
si no es que de sus corales
helado se ponga grillos
mi venganza en roja cárcel
delincuente cristalino.

CONDE. Hijo, el enojo de un padre...

BERENGUEL. (Ap.) Yo le atajaré el arbitrio
a las estrellas.

CONDE. No es más
de un fácil vapor que quiso
humear contra el sol, y luego
se queda desvanecido.

BERENGUEL. (Ap.) Disimular quiero ahora
mi intento.

CONDE. Seamos amigos,
por tu vida.

BERENGUEL. Desde hoy
te ofrezco (¡ay tormento mío!)
esta memoria de amor
llenarla toda de olvido.
CONDE. Eres mi hijo.
BERENGUEL. Tú verás
Si lo soy.
CONDE. ¡Oh cuánto estimo
Verle tan presto templado!
BERENGUEL. Al tiempo doy por testigo
de mi templanza.
CONDE. ¿Y a dónde
vas ahora?
BERENGUEL. ¿No es preciso
que a recibir a mi hermano
vaya también?
CONDE. Yo te pido,
que a acompañarle no salgas:
con él cumples, y conmigo,
haciendo lo que te mando.
BERENGUEL. (Ap. Mal penetras mis designios.)
Haré lo que tu me ordenas.
(Ap. ¡Cruel padre!)
CONDE. (Ap.) ¡Ingrato hijo!
BERENGUEL. (Ap.) Como el muro es un mal padre.
CONDE. (Ap.) A la hiedra es parecido
un hijo malo.
BERENGUEL. (Ap.) Que cuando
la hiedra en él busca abrigo...
CONDE. (Ap.) Que al tiempo que la muralla
la suele igualar consigo...
BERENGUEL. (Ap.) Se deja caer con ella.
CONDE. (Ap.) Derriba quien ha subido.
BERENGUEL. (Ap.) ¡Ah cielos! dadme venganza.
CONDE. (Ap.) Cielos, no le deis castigo.
(Vanse.)

Sale CARDONA.

CARDONA. Si hubiera siempre ocasión
de evitar riesgo, me fundo
en que no hay cosa en el mundo
como ser uno ladrón;
que tino trate de ahorrar
por cuenta lo que otro debe,
y que no ladrón se lo lleve
sin trabajo y sin contar;
pero no son cosas estas

que dan descanso y buen nombre,
porque al fin, al fin un hombre
lo viene a llevar a cuestras;
que a una dama que blasona
de estafar a uno y a dos
la roben, vaya con Dios,
qué también esta es ladrona;
el criado que en ocasión
provechos llama a la sisa,
a este déjenle en camisa,
que también este es ladrón
al que dice muy legal,
muy mesurado de prosa,
a mí basta cualquier cosa,
déle uced al oficial
que lo hizo con afición
y lo trabajó muy bien,
a este róbenle también,
que también ese es ladrón
pues ¿cómo Camacho ordena
si yo no lo merecí,
quitarme en mi pliego a mí
los ciento y una cadena?
pues mi venganza;eran
los que han visto mi pasión
porque quien hurta al ladrón
gana el perdón del refrán;
y aunque falte a ser fiel,
me han de ver todos vengado,
para don Ramón me ha dado
Leonor aqueste papel;
y don Ramón, mi señor,
si en el caso se repara,
primero que se casara
galanteaba a Leonor,
esta en secreto me ordena,
que con él a solas quede:
no, el papeifilo no puede
llevar dentro cosa buena;
y si Berenguel me ve
que a su hermano se le doy
a escondidas, cierto estoy
que me ha de dar mi por qué;
pues hoy vengarme querría,
¿Camacho no me burló,
y el pliego no me sacó
de la faldriquera mía?

pues este pliego quisiera
que la venganza me dé;
a Camachuelo se le he
de echar en la faldriquera;
volverásele al traidor,
si salen bien mis intentos,
los cien escudos, doscientos,
y la cadena mayor;
ea, vengarme conviene,
un papel me supo hurtar,
y no papel me ha de vengar
de Camacho; pero él viene.
Sale CAMACHO.

CAMACHO. Pues no se ha escondido el día
aunque el sol huyendo va,
a la torre donde está
Constanza llegar querría;
poco a poco tengo de ir
del mar or la hermosa orilla.

CARDONA. ¿Camachuelo?

CAMACHO. Cardonilla.

CARDONA. ¿Dónde vas?

CAMACHO. A recibir
a don Ramón, mi señor.

CARDONA. ¿Quieres creerme, Camacho?
que me quieres bien recelo.

CAMACHO. De verdad te tengo amor;
deudas son estas forzosas
a mi amor.

CARDONA. No sino no.

CAMACHO. Ya sabes tú lo que yo
me apasiono por tus cosas.

CARDONA. Esto mucho saber quiero:
si traes la bolsa contigo
dame un dobloncillo, amigo

CAMACHO. ¿Dónde tengo yo el dinero?
Ea, trata de quedarte.

CARDONA. Si me dejas, esto es peor.
¡Oh, lo que puede el amor!
Gana tengo de abrazarte.

CAMACHO. Su necia amistad me enfada.
¿Yo para qué he menester
su amor?

CARDONA. Déjate querer,
pues que no te cuesta nada.

CAMACHO. ¡Ay que ojos míos rasgados!

CARDONA. ¿Qué! ¿qué! ¿los ojos me apodas?

¡Qué cara! así fueran todas,
y hubiera menos pecados;

¡Qué frente!

CAMACHO. Váyase o crea...

CARDONA. ¿Qué cejas para ser dos?

Pues la boquilla, por Dios,
que es hermosa por lo fea;

¡Pues qué barba!

CAMACHO. No lo deja.

CARDONA. Tal harba en mi vida vi,

¡Y qué bien poblada! así

vea yo a Castilla la Vieja.

CAMACHO. A mí me requiebra, ¿hay tal?

CARDONA. Mejor el papel quisiera.

(Pónele el papel en la faldriquera abrazándole.)

CAMACHO. (Ap.) Él me anda en la faldriquera,

pero en esta no hay un real;

a esotro lado está el plus,

y así disimulo yo.

CARMONA. (Ap.) Esto está bueno, ya entró.

CAMACHO. Vive Dios.

UNA VOZ. (Dentro.) Esos caballos

afianza con las riendas

a esos robres, pues que va

a esta torre hermosa y bella,

adonde Constanza aguarda,

antes mucho que anochezca

hemos llegado

CARDONA. Mi amo

llega a la quinta.

CAMACHO. Agradezca

que viene su amo, que había

de darle mil coces.

CARDONA. Vengan;

desde aquí se ve la quinta,

y desta playa a quien besa

los pies del Mediterráneo,

verás las naves que intentan

burlando la azul espuma,

dar las hondas a la arena.

Sale BERENGUEL.

BERENGUEL. No he de llegar a la quinta,

ya la Capitana intenta,

dando bordos, recoger

el velamen; o antes venga

tormenta o fiero huracán,

que el mar cristalino mezcla.

Porque volcando sus naves
choquen sin timón ni velas
con la gavia en el abismo,
con la quilla en las estrellas;
desde un balcón de la quinta
mira Constanza.

CARDONA. Ahora entra
la mía.

BERENGUEL. Virar los buzos,
y como sus rayos cierra
el día, con verle sólo
su pálida luz enmienda,
las naves distingue todas;
¡Oh como los ojos cuelga
de sus gavias, sin que al gozo
ni al gusto un suspiro deba,
que como son aire y fuego,
forzoso ha de ser que tema,
al ver acercar las naves,
que los suspiros que alienta,
o por fuego los abrasen,
o que por viento los vuelvan!
¿Qué hago en tener envidia
del que los rayos granjea
del sol, que estima la vida,
con seguir esta belleza?
y sea yo la mariposa,
que si la luz galantea,
lo que yo logrando en galas
también lo arriesga en pavesas,
cuésteme tórtola amante,
entre lamentos y quejas,
fiar ternuras al prado
que el aire vago desprecia.
la clicie también imite,
que constante al sol anhela,
y su púrpura de nieve
o su jazmín se enrojezca;
llama, abrasame las alas;
sol, tu flor amante quema;
ave, huye de mi reclamo;
porque seas y yo sea,
tú, desdén de mis porfías,
y yo, de tus rayos seña.

CARDONA. Ah, Señor!

BERENGUEL. ¡Ah, Cardonilla!
¿Acá estás?

CARDONA. Y no quisiera
haber venido, por no
oír que tan necio seas,
que con tanta fuerza des
en amar desta manera,
sabiendo tú que estas cosas
más quieren maña que fuerza.

BERENGUEL. Camacho, ¿también veniste?

CAMACHO. A recibir a su Alteza
el Príncipe, mi señor,
he venido.

CARDONA. Si deseas
saber a lo que he venido...

BERENGUEL. Di lo que quieres y esperas.

CARDONA. Yo he comido de tu pan
y de tu palo, y es fuerza
aunque han sido más los palos
que los panes, que ahora sepas,
que el traidor de Camachuelo
ha dado tan mala cuenta
de sí, que ha dado...

BERENGUEL. Di en qué.

CARDONA. En ser corredor de oreja.

BERENGUEL. ¿Qué oficio es?

CARDONA. Un zurcidor.

BERENGUEL. ¿Vale algo?

CARDONA. Toda esta hacienda
es cuartas partes de gente
que con no ser de la Iglesia
obispan poco en naranjas,
teniendo idas de su renta;
pero vamos ahora al caso.

CAMACHO. Cardonilla acá se llega
a hablar a su amo en secreto.

CARDONA. Sabe que Leonor...

BERENGUEL. ¿Qué esperas?

CARDONA. Le dio un papel a Camacho,
yo no sé para quién sea,
pero sé que es de Leonor;
y que ahora no viniera,
a no ser para su amo
Don Ramón, con tanta priesa
a recibirle a la playa,
aunque su hermano sea.

BERENGUEL. ¿Viste tú que se le diese?

CARDONA. Por estos ojos; por señas
que después de recibirle

se le echó en la faldriquera.

BERENGUEL. ¿Camacho?

CAMACHO. Señor, ¿qué mandas?

CARDONA. Si has de averiguarlo, empieza por mí.

BERENGUEL. ¿Deseo saber cuál es de los dos quién lleva de doña Leonor, mi esposa, un papel sin mi licencia?

CARDONA. Yo no le tengo, Señor, no me hables de esa manera, que aunque mi madre fue olla, yo no he sido cobertera.

BERENGUEL. ¿Pues quién te tendrá?

CARDONA. Alvarado tiene los papeles.

BERENGUEL. Llega, Cardonilla.

CARDONA. Señor...

BERENGUEL. Yo he de ver las faldriqueras.

CARDONA. Lleve el diablo quien le tiene.

CAMACHO. Amén.

CARDONA. Ya yo saco fuera mis alhajas.

(Sacan naipes.)

BERENGUEL. Sea presto.

CARDONA. Mi rosario.

BERENGUEL. ¿En este rezas?

CARDONA. Este es rosario del diablo mas también tiene sus cuentas.

BERENGUEL. ¿Qué es esto?

CARDONA. Tabaco en hoja, para sacarme las flemas con que te sufro.

BERENGUEL. ¿Qué más?

CARDONA. La bolsa en pelo, más ella será de Judas.

BERENGUEL. ¿Camacho?

CAMACHO. ¿Qué es lo que me mandas?

BERENGUEL. Muestra lo que traes.

CAMACHO. Traigo a este lado el bolsillo y la cadena.

CARDONA. Por cierto que es como un oro.

CAMACHO. El lienzo y la tabaquera, los guantes...

CARDONA. Hele.
BERENGUEL. ¿Qué es esto?
CARDONA. ¿Qué papel es este?
CAMACHO. Espera,
será alguna carta.
CARDONA. Ahora
llevará el porte.
CAMACHO. (Ap.) Que fuera.
que Cardona me engañara,
y que cuando...
BERENGUEL. Aquesta es letra
de Leonor.
CAMACHO. (Ap. Me daba abrazos,
me echara en la faldriquera
el papel.) Señor, señor,
oyeme.
BERENGUEL. Tate la lengua.
CARDONA. ¿Adónde dicen que...?
CAMACHO. Pero
sepa, Señor, vuestra Alteza...
BERENGUEL. Ya sé que sois un traidor.
CAMACHO. Que fue Cardona.
CARDONA. A mi me echa
la culpa, trayéndole él...
CAMACHO. Señor, ¿si hablar no me dejas,
cómo has de saber?
BERENGUEL. ¿No he visto
qué letra es?
CARDONA. ¿Agora, amigo,
que le ha traído lo niega?
BERENGUEL. Callad entrambos, callad.
CAMACHO. ¿Que fuese yo tan gran bestia,
que me dejase engañar?
CARDONA. Señor, ¿un hombre con esa
cara, para qué es tan fácil?
BERENGUEL. Leer quiero el papel.
CARDONA. Empieza.
BERENGUEL. «Vuestra Alteza se fue sin cumplir
«la palabra que me dio, dejando tan
«desairado mi ruego con su fineza, hoy,
«que es mayor el peligro será mayor
«la queja, sí deja de favorecer a quien
«tanto ha debido: el odio de mi espo-
«so Berenguel nunca es menos, y mi
«amor, como dije a vuestra Alteza,
«siempre es más; y pues él desea ca-
«sarse con la señora Constanza, sólo

«con que vuestra Alteza abrevie el pla-
«zo a sus disposiciones, logrará su de-
«seo, y yo mi amor; y pues en la dila-
«ción aventura vida y honra, débale yo
«que mire por mi amor, ya que no se
«acuerda de mí.-Guarde el cielo a
«vuestra Alteza.»

Agora para que el dolor
mío a derramar se atreva
de mi hermano y mi enemigo
la sangre, primero estrena
su voracidad en mi,
que en toda el alma se ceba.
agora que este papel
ha ajustado las sospechas
de mis celos, pues yo vi
verter a mi esposa mesma
al partir de don Ramón
lágrimas; os digo que eran
de amor, que los ojos brotan,
y los suspiros anhelan.
a mi padre le encargó
al partir (¡oh lo que acuerda
la venganza!) que cuidara
de Leonor, al tiempo que ella
con equivocadas razones
daba limitadas quejas;
que desta vez toca en celos,
y en estimación aquella.
primero que se casase
conmigo; ¡ah, no le acontezca
a esta potencia enemiga
de la memoria hacer prueba
de mi ira echando culpa
a mí adoracion por ciega!
Para su muerte bastaba
mi envidia y ver que penetra
cabales todos los rayos
del sol de la Infanta bella;
celos de amor y de honor
siento en el alma, y apenas
de los dos distinguir puedo
que celos más me atormentan:
los de Constanza, que espero
que mía algún tiempo sea,
o los de Leonor, que es mía,
aunque haya de ser ajena.

¿Camacho?

CAMACHO. Señor.

CARDONA. Ahora
es ello.

BERENGUEL. Sacarle es fuerza
deste camino; en llevar
este papel, porque veas
que no haserrado, te quiero
dar esta sortija.

CARDONA. Espera,
señor, que fui yo el que truje
el papel.

CAMACHO. ¿Que ahora quieras
negar que yo le he traído!

CARDONA. Señor...

BERENGUEL. Calla.

CARDONA. Con la misma
que yo le di me ha pagado;
yo Men pensé que esta fiesta
fuera de estafermo, y sólo
fue de sortija. ¡Que quieran
los diablos, que mis ardidés
todos contra mi se vuelvan!
¡Oh, ladrón, plegue a los cielos,
que cuando el diamante vendas
te le venda un corredor!

CAMACHO. ¿Dónde mi amo nos lleva?

BERENGUEL. Aquí estamos apartados.

CARDONA. ¡Si pesares la cadena,
la peses por castellanos,
porque no entiendas las pesas!
¡Détingan: de jugar

los cien escudos, que apenas
los habrás jugado, cuando
perderás, aunque no pierdas

BERENGUEL. Villano...

CAMACHO. ¿Señor, qué haces?

BERENGUEL. Pagarás desta manera
tu delito.

CAMACHO. Yo, señor.

BERENGUEL. Calla traidor.

CARDONA. Este pega.

BERENGUEL. A un roble de esos le ata
las manos.

CARDONA. Lo que es por cuerda
no quedara.

BERENGUEL. A mi no importa

que éste no vaya a dar cuenta
a mi hermano.

CAMACHO. Tú, Cardona,
me atas de otra manera.

CARDONA. La razón ata las manos.

BERENGUEL. Tú en tanto, con él te queda,
para que algun pasajero
no le desate. Ya suenan
los clarines, aunque el sol
sobre los mares se acuesta
del Occidente: a la escasa
luz, que penetrar se deja,
la galera capitana
ha dado fondo: ya entra
en el esquife mi hermano:
ya el Marqués Alberto llega
a recibirlo, llevando
a remo barca ligera,
en que se juntan, y ya
vuelven a la orilla nuestra.

Entre estas ramas oculto
busco ocasión, en que pueda
aprovechar el acero;
negra noche pues te precias
de aconsejarle venganzas
a la pasión, sal más negra. (Vase.)

CAMACHO. Desátame, pues se ha ido
tu señor.

CARDONA. Harto me pesa
de no tener gana; pero
ya que el diablo no me tienta
a desatarte, por ti
quiero hacer una fineza.
la cadena he de quitarte.

CAMACHO. ¿Esa es la fineza?

CARDONA. Esta;

¿Pues no es lo mismo quitarte
la prisión que la cadena?

Quedate con Dios, Camacho;
sabe Dios lo que me pesa
dejarte ahora al sereno,
más eso no te dé pena,
que por eso entra la noche
muy mala: así, no quisiera
que te roben el dinero
en este camino, deja
que te guarde como amigo

los cien escudos siquiera,
que como en la bolsa están,
se entren en mi bolsa.

CAMACHO. Espera,
y desátame, supuesto
que los llevas.

CARDONA. Eso fuera
desatarte tus doblones;
así, dame aquella piedra,
te la llevaré a tasar.

CAMACHO. Déjamela, que es pequeña.

CARDONA. Pues ahora bien, yo te quiero
dar otra mayor por ella,
(Échale una piedra muy grande.)

Toma, adiós. Así, Camacho.

CAMACHO. ¿No desatas?

CARDONA. ¿No te acuerdas
cuantos mojicones fueron
los que me diste?

CAMACHO. ¿Qué intentas?

CARDONA. Pues me llevo lo que es mío,
yo tengo buena conciencia,
y quiero volverte todos
tus mojicones por fuerza;
toma, uno no es ninguno,
dos, ¿te acuerdas bien los que eran?
Que yo no quiero quedarme

con cosa que tuya sea,

MARQUÉS. (Dentro.) Ningún soldado basta el alba
desembarque, llega a tierra
el esquife.

Sale RAMÓN, y cae al salir, y EL MARQUÉS.

RAMÓN. El Marqués sólo
me acompañe.

MARQUÉS. ¿Vuestra Alteza
se ha hecho mal?

RAMÓN. No me hice mal.
no me recibe la tierra
con agasajo.

MARQUÉS. Al revés
lo entiendo, que antes se alegra;
pues porque le des los brazos
ahora tropezaste en ella.

RAMÓN. ¿Dónde dices que me aguarda
mi esposa Constanza?

MARQUÉS. Hasta esta

torre vine a acompañarla,
y está esperándote en ella.

RAMÓN. ¿Mi padre no me salió
a recibir?

MARQUÉS. No le dejan
los achaques.

RAMÓN. Noche oscura.

CAMACHO. ¡Berenguel!

MARQUÉS. Entre estas peñas
se oye una voz.

RAMÓN. Poco el viento
me halaga y me lisonjea,
con el nombre de mi hermano
me ha recibido.

MARQUÉS. No crea
al oído, la aprensión
todo es imágenes ciegas,
ella es la que te ha engañado

CAMACHO. ¿Desta manera te vengas
de quien no te ofende?

RAMÓN. Todo
con mi temor se concierta;
pues dice esta voz confusa,
que el corazón me penetra,
viendo que es sólo mi hermano
el que mi muerte desea...

CAMACHO. De aquel que no te ha ofendido,
Berenguel, ¿por qué te vengas?

RAMÓN. ¿En qué torre me decías,
que queda Constanza?

MARQUÉS. En esta.

RAMÓN. La noche entró tan oscura,
que le temido.

CAMACHO. ¡Oh, muerte, llega!

RAMÓN. La muerte me sale al paso,
y pensé que amor saliera,
pero en saliendo el amor
es como la muerte misma.
ambos matan, solamente
él y ella se diferencian,
que uno da el dolor süave
y otro la herida sangrienta.

MARQUÉS. Amor saldrá a recibirte,
si ahora en la torre entras
donde te espera la Infanta.

RAMÓN. El cielo he de ver en ella.
Vamos.

CAMACHO. Berenguel me ha muerto

RAMÓN. Primero quiero que sepas,
aunque el amor me lo riña,
de aquel monte, que voz tierna
se escucha sobre la falda
que obediente el mar se lleva.

MARQUÉS. Nada la vista distingue,
y cuanto dudar se deja
son para mis ciegos ojos
bultos que el temor inventa.

RAMÓN. Voz que al oído te guíe,
ya que a la vista no pueda,
tú por esta parte puedes,
en tanto que yo por esta
registro el monte, ver si antes
que yo en la florida yerba
hallas quien causa esta voz,
que tanto a mí oído cuesta.

MARQUÉS. Sea así.

RAMÓN. Voy por esta parte.

MARQUÉS. Pues para que no me pierdas
con lo oscuro, daré voces
desde donde esté. (Vale.)

RAMÓN. Quisiera

atender por esta parte,
por ver si aves agoreras
escucho, que sólo cantan
si a llorar la noche empieza.

Un can se oye, y son dos canes
los que mi oído molestan,
uno que en el monte late
y otro que en el eco suena.

Hacia allí se desvanece
una exhalación, que piensa
el alto Monjuí que es rayo,
y la vista que es estrella.

a mi dicha se parece,
que en exhalación empieza
a arder como astro, y después
fallece como centella.

Contra la tierra el mar se ha enojado
del viejito que la irrita aconsejado;
pero ya el mar desmaya,
porque ese monte le ha tenido a raya.
Ya no se oye la voz que antes se oía,
confióse al aire, él la perdería:
no se pueden fiar del viento airado

las voces que pronuncia un desdichado. (Vase.)

Sale CONSTANZA en la torre con una hacha.

CONSTANZA. Cuando esperaba a don Ramón, mi esposo,
en el monte fragoso

confusa voz oyó mi oído incierto
que al viento dice: «Berenguel me ha muerto»;

y aunque mi oído no lo ha percibido,

el corazón parece que lo ha oído;

si acaso con la noche no ha acertado,

mi esposo, que la noche ha equivocado

con las sombras el tino.

Sale BERENGUEL.

BERENGUEL. Aquella antorcha me enseñó el camino,

porque ya a Barcelona me volvía

amenazado de la noche fría.

MARQUÉS. (Dentro.) Don Ramón.

CAMACHO. Ya murió mi confianza.

CONSTANZA. Y ya mis ojos el temor alcanza,

bien que me animo en vano,

pues en el monte cano

con lástimas veloces:

Don Ramón ya murió, distintas voces,

pues bajar a la playa determino.

(Vase.)

BERENGUEL. Dos voces escuché, y una imagino

que es del Marqués, la otra del criado,

que a este árbol esta noche dejé atado,

pues porque ahora mi dolor aliente

ha de morir.

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Ah, don Ramón.

BERENGUEL. Detente.

MARQUÉS. ¿Quién es?

BERENGUEL. Soy Berenguel.

MARQUÉS. Templóme en vano.

BERENGUEL. ¿Qué buscas?

MARQUÉS. A tu hermano

busco, que entre estas ramas le he perdido,

lastimosa una voz, que le ha movido

a requerir el monte; agora llego

a ver si le encontrase.

BERENGUEL. Volveos luego.

MARQUÉS. El Conde, mi señor, me lo ha ordenado...

BERENGUEL. Haced agora lo que os he mandado

MARQUÉS. Que le acompañe.

BERENGUEL. Yo iré a acompañarle.

MARQUÉS. Es forzoso llamarle,

y no es razón que siendo vos su hermano...

BERENGUEL. Pues, vive Dios, villano,
sabiendo vos que tanto os aborrezco,
si me contradecís...

MARQUÉS. Ya os obedezco.

(Ap. Desde la torre con la voz prosigo,
que como Berenguel es su enemigo,
temo que para darle injusta muerte
la ocasión con la envidia lo concierto.)

(Vase.)

BERENGUEL. Porque no haya quien sepa mi cuidado
desatar es forzoso este criado.

CAMACHO. ¿Quién es, quien a mi voz compadecido?

BERENGUEL. Yo soy quien te desata,

CAMACHO. Si has venido

a darme muerte, sólo decir puedo,
que jamás te he ofendido.

(Habla alto.)

BERENGUEL. Habla más quedo;
vete, Camacho.

CAMACHO. Voime a Barcelona.

(Vase.)

CARDONA. Ha, Señor.

BERENGUEL. Esta voz es de Cardona,
¿Qué quieres?

CARDONA. Que me digas donde vamos.

BERENGUEL. Escóndete en lo espeso de esos ramos.

CARDONA. Más adelante un paso dar no puedo.

BERENGUEL. ¿Miedo tienes?

CARDONA. A mí me tiene el miedo.

BERENGUEL. Hazme espaldas agora en este prado.

CARDONA. No quiero, que es hacerte corcovado.

BERENGUEL. Pues no te alejes.

CARDONA. De irme lejos trato,
tú me hallarás si tienes buen olfato.

Marqués. (Dentro.)

¿Don Ramón?

RAMÓN. (Dentro.) Por acá, Marqués amigo.

BERENGUEL. Por esta voz me sigo.

MARQUÉS. Guárdate de tu hermano.

BERENGUEL. Vive el cielo, villano,

Que el castigo has de ver de aquesta suerte.

(Va hacia donde está don Ramón, y sale, y quítale la espada, y arrójala, y dale con la daga.)

RAMÓN. ¿Pues qué intentas, hermano?

BERENGUEL. Darte muerte.

RAMÓN. Berenguel, amigo, hermano,
¿Cómo una sangre que es tuya
derramas?

BERENGUEL. Indigno, muere.

RAMÓN. ¿Dime qué agravio o injuria
te he hecho yo, o por qué me has dado
la muerte?

BERENGUEL. ¿Para qué buscas
más razones a mi ira,
si tú mismo a ti te acusas?

honor y celos te matan.

RAMÓN. ¿Marqués?

BERENGUEL. Es la causa justa.

RAMÓN. ¿Constanza?

BERENGUEL. Aún no sale el sol.

RAMÓN. ¿Soldados?

BERENGUEL. Nadie te escucha.

RAMÓN. Pues ya hermano...

BERENGUEL. No me llames
hermano.

RAMÓN. Que en mi ejecutas
tu crueldad, sólo te ruego...

BERENGUEL. Nada esperes que te cumpla.

RAMÓN. Que me perdones.

BERENGUEL. Así

confesando estás tu culpa;
no te perdono.

RAMÓN. Yo sí
te perdono.

BERENGUEL. Ya no pulsan
tus tibias venas, y como
es la noche tan oscura,
distinguir es imposible,
por ser poca o por ser mucha
si sangre que el alma vierte,
o se enrojece o se azula;
todo el cielo me parece,
que me amenaza, trasuda
el corazón, y sus alas
las abate y no las junta.

Esa montaña parece
que cae sobre mí, esas grutas
a mi error servirle quieren
de silvestre sepultura.
¡Quien de sí mismo pudiere
huirse! mas de la ruda
arena quiero cubrir

mi delito, y no mi culpa.
Cubrir el cadáver quiero
de arena, y sobre ella algunas
peñas, en tanto que salen
a lisonjearme por duras.
destos árboles intento
cubrir el cadáver; rudas
ramas de las hojas verdes,
hacedle frondosa urna.
¿Qué me quiere el cielo? ¿El centro
para que le dificulta
sendas a mi planta? ¿El aire,
por qué de horrores se enluta?
¡Oh, nubes agora densas!
¡Oh, estrellas tan presto oscuras!
asústame la tiniebla,
aquella luz me deslumbra,
todo a un tiempo me amenaza,
y todo a un tiempo me alumbra,
agora en esta ocasión,
porque el sol no se descubra,
sobre el cadáver pusiera
todo ese monte por urna. (Vase.)
Sale LA INFANTA con una hacha.
CONSTANZA. Hacia esta parte he escuchado
varias voces, y confusas,
si no ha sido que el temor
no las oye y las anuncia.
Y aquí se ve de la sangre,
que de esas peñas resulta,
una vez el mar sangriento,
la arena dos veces rubia.
¡Salpicadas de coral
están las hojas, qué mustias!
La verde yerba, las flores
en sus bonetes se arrugan.
Entre estos ramos agora,
bien la vista no lo duda,
yerto un cadáver distingo,
sepultado en verde urna.
Fiar esta antorcha quiero
a este árbol, porque descubra
quién de corales repito
lo que del viento se enjuga.
¡El cielo me valga! ¡Esposo,
ya salieron desta duda
mis ojos, pues salga ahora

el alma de su clausura!
¿Quién ha quebrado su espejo
a mis ojos? ¿Cuál injusta
mano ha abierto tantas bocas
al alma con una punta?
¿Montes, del sol centinelas,
no avisarais esta injuria?
Mas, ¿qué importa que seáis
centinelas, si sois mudas?
¿Estrellas, árbitros bellos,
de cuanto el Autor alumbra,
para qué es la favorable,
si hay después esta fortuna?
Cayóseme de las manos
el cristal, toda la lluvia,
por ser ibucha, ha deshojado
la flor, que a vivir madruga.
Luz, por quien vieron mis ojos,
¿Quién te apagó? Nave surta
en el puerto del amor,
Ya en el abismo fluctúas.
Buscar por el monte quiero
quien te dio muerte.
Sale EL MARQUÉS con una hacha.
MARQUÉS. ¿Qué buscas?
CONSTANZA. ¿Qué hay, Marqués?
MARQUÉS. ¡Grave dolor!
CONSTANZA. Mi esposo es muerto.
MARQUÉS. ¡Qué injuria!
CONSTANZA. Y voy a buscar...
MARQUÉS. Espera.
CONSTANZA. A quien le dio muerte.
MARQUÉS. Escucha.
CONSTANZA. Para vengar...
MARQUÉS. No es posible.
CONSTANZA. Esta ofensa.
MARQUÉS. Tarde juzga,
que puedes tomar venganza.
CONSTANZA. Marqués, ya que no me ayudas,
no me estorbes; ¿quién le dio
sangrienta muerte?
MARQUÉS. ¿Eso dudas?
CONSTANZA. Dilo presto.
MARQUÉS. Berenguel,
El Caín de Cataluña.
CONSTANZA. ¡Cruel hermano!
MARQUÉS. ¡Infeliz padre!

CONSTANZA. Pues yo intento...

MARQUÉS. Tú te buscas
tu muerte.

CONSTANZA. Con este acero...

MARQUÉS. ¿Qué intentas?

CONSTANZA. Vengar mi injuria.

MARQUÉS. Mira que...

CONSTANZA. No me aconsejes.

MARQUÉS. Yendo a buscarla, aventuras
tu honra.

CONSTANZA. ¿Por qué mi honra?

MARQUÉS. Porque no estará segura
de quien a su mismo hermano
dio una muerte tan injusta.

CONSTANZA. ¿Quién me vengará?

MARQUÉS. Su padre.

CONSTANZA. ¿Dónde iré?

MARQUÉS. Otra vez te oculta
en esta torre.

CONSTANZA. ¿Y en ella
qué he de hacer?

MARQUÉS. Que tu hermosura
no le ocasione a tu ofensa.

CONSTANZA. ¡Grave dolor!

MARQUÉS. Suerte dura!

CONSTANZA. ¿Qué haces?

MARQUÉS. Dar a este cadáver
más decente sepultura.

CONSTANZA. Pues esposo, al cielo ofrezco...

MARQUÉS. Príncipe, mi amor te jura...

CONSTANZA. Que no me halle el claro sol...

MARQUÉS. Que ese planeta que alumbra,
no me encuentre con sus rayos...

CONSTANZA. Que sea la tierra dura
mi lecho...

MARQUÉS. Que solamente
luto funesto me cubra...

CONSTANZA. Fue viva sólo del llanto,
fue de mis ojos resulta...

MARQUÉS. Que me sirva de aliento
mi dolor...

CONSTANZA. No buscar nunca
alivio al mal...

MARQUÉS. Que sea el llanto
quien por el consuelo supla...

LOS DOS. Esta que me vengue el cielo
del Caín de Cataluña.

Jornada tercera

CONDE. ¿Hablad, que venís turbado?

MARQUÉS. ¡Ay, dolor! ¿Qué le diré?

CONDE. Ea, Marqués, decidme ¿a qué os habéis adelantado?

MARQUÉS. A daros cuenta venía...

CONDE. Si es de que desembarcó don Ramón, ya lo sé yo;

porque en todos la alegría,
me da a entender que ha llegado.

MARQUÉS. La tristeza en todos di.

CONDE. Ya yo he visto desde aquí
Todo el pueblo alborotado.

MARQUÉS. Sólo desde aquí, Señor,
se oye el comun sentimiento.

CONDE. Muchas veces el contento
habla al tono del dolor;

contadme, por vida mía,
puesto que Ramón llegó
a qué hora desembarcó.

MARQUÉS. Anochecido sería
cuando llegamos los dos:

(Ap. Pero ¿ya para qué quiero
darle esta nueva?)

CONDE. Y primero

¿Por quién preguntó?

MARQUÉS. Por vos.

CONDE. ¡Oh, qué hijo! en manos del gozo
canas y cuidados dejo,

y luego dirán que un viejo
no puede volverse mozo;
su obediencia maravilla.

MARQUÉS. Llegó la barca ligera
a la torre, adonde espera

Constanza, y cayó en la orilla.

CONDE. ¿Pues no me dices, Marqués,
por qué me quieres mezclar

un gusto con un azar?

MARQUÉS. Antes eso es al revés,
que porque en esta ocasión

no os mate el que os vengo a dar,
os quisiera acostumbrar

a sustos el corazón.

CONDE. Hablad de una vez, Marqués,
acabad.

MARQUÉS. Estoy mortal.

CONDE. No puede ser mayor mal,
que el que yo pienso que es.

MARQUÉS. Salió Constanza...

CONDE. ¡Ay dolor!

Ya todo el valor desmaya.

MARQUÉS. A recibirle a la playa.

CONDE. ¿Y no le habló?

MARQUÉS. No, Señor,

Pero hablóle la señora

Constanza con sólo el llanto.

CONDE. Mirad, esto no me espanto,
la alegría a veces llora.

MARQUÉS. Berenguel (yo he de morir)
a recibirle salió.

CONDE. ¿Pues no le mandé que no
le saliese a recibir?

Temeroso el corazón

a los ojos se ha asomado,

¿Y agora dónde has dejado

a mi hijo? ¡Fuerte poción!

MARQUÉS. Déjéle...

BERENGUEL. (Dentro.) ¡Oh pueblo villano!

MARQUÉS. Aquí sale Berenguel,

preguntadle vos a él

adonde queda su hermano.

Sale BERENGUEL.

BERENGUEL. ¿Contra mí el pueblo se junta?

¡Oh, villanos! ¿contra mí?

CONDE. ¿Qué te quiere el pueblo a ti?

BERENGUEL. Por mi hermano me pregunta.

CONDE. Dime a mí donde quedó,

que así el pueblo se asegura;

¿Dónde quedó?

BERENGUEL. ¿Por ventura,

Señor, soy su guarda yo,

que me preguntais por él?

CONDE. ¡Hola,

BERENGUEL. ¿Soy su guarda yo? (Vase.)

CONDE. Esto Caín respondió

Cuando dio la muerte a Abel;

pues ¿cómo, cielos, sabré,

para que templarme pueda,

adonde mi hijo queda?

Sale CONSTANZA.

CONSTANZA. Yo, Señor, te lo diré,
si puede desdicha igual
repetirse del dolor.

CONDE. El mal va siendo mayor,
que da las señas del mal;
¡Tú con luto! declarado
está el mal que se recela.

CONSTANZA. Un luto es que de la tela
del corazón he cortado.

CONDE. No me mate por prolijo
mal que a mis ojos alcanza;
¿Murió tu padre, Constanza?

CONSTANZA. No Señor, murió tu hijo.

CONDE. ¿Don Ramón?

CONSTANZA. Acero cruel
tiñó de su sangre el prado,
triste yo....

CONDE. Yo desdichado;
¿Quién le mató?

CONSTANZA. Berenguel
por mi mal y por mi suerte.

CONDE. Hijo traidor y tirano,
a tu padre y a tu hermano
has dado a un tiempo la muerte.

CONSTANZA. No tuvo mayor crueldad
Caín de Dios aborrecido;
Señor, justicia te pido
Sale LEONOR.

LEONOR. Y yo te pido piedad.

CONSTANZA. Del que a tu hijo mató,
la pido.

CONDE. ¡Ay dolor prolijo!

LEONOR. Piedad, Señor, que es tu hijo,
el que a tu hijo mató.

CONDE. Leonor, ¿a qué habéis venido,
a templar mi indignación?

¿No es mi hijo don Ramón?

LEONOR. Vuestro hijo Ramón ha sido.

CONDE. Pues si le mató el tirano

Berenguel, quiero saber

¿Cómo mi hijo ha de ser
el que no ha sido su hermano?

Sale EL MARQUÉS.

MARQUÉS. Gran Conde de Barcelona,
aunque no pensé volver
a mover vuestras piedades
a llanto segunda vez,

el más extraño suceso
oid, que al tiempo después
han de copiar las finezas
del buril y del pincel.
Ya sabéis que a don Ramón
dio la muerte Berenguel,
su hermano.

CONDE. No le mató
su hermano, su envidia fue,
que siempre apuntó la envidia
a lo más alto que ve.

MARQUÉS. A las faldas del Monjuí,
todo lo noble a traer
a la ciudad el cadáver
salió esta noche; juzgué
que traerle no podía
a Barcelona, porque
la admiración de los ojos
también se pasó a los pies.
A ese Templo de María
le condujeron, después
de haber armado el cadáver
con las insignias de Rey.
pero al querer empezar,
como uso y costumbre es,
el Oficio de difuntos
con santa y devota fe
de Lérida el santo obispo,
y todo el clero con él,
en vez de cantar el Salmo
De profundis, escuché,
sin que ningún sacerdote
se pudiese detener,
que a una voz conformes todos
cantaban...

CONDE. Decidme qué.

MARQUÉS. ¿Ubi est Abel frater tuus?
¡Caín, dónde quedó Abel!

CONDE. ¿No me basta mi dolor,
sino que agora también
me vengáis a lastimar
el alma? pero diréis,
que es piedad, pues con matarme
me la quitáis de una vez.

¿Dónde Berenguel se ha ido?

MARQUÉS. Por esas calles tras él
viene el pueblo dando voces.

CONSTANZA. Ya vuelve segunda vez
a tu palacio.

MARQUÉS. A las voces
de vuestro pueblo atended.

TODOS. (Dentro.) Berenguel ¿adónde queda
tu hermano?

Sale BERENGUEL.

BERENGUEL. ¿Pues yo sé dél?

¿Soy yo su guarda? Mi padre
¿qué es lo que quiere? También

tú, Leonor, ¿qué me persigues?

Constanza, ¿qué me queréis?

¿Acaso soy yo la guarda
de mi hermano? No sé dél.

CONDE. Marqués, quitadle las armas,
y en la torre le poned
de palacio.

(Quítale el Marqués la espada.)

BERENGUEL. ¿Contra mí
mi padre?

CONDE. Caín crüel

de Cataluña, no soy
tu padre, que soy tu rey;
hoy verás...

BERENGUEL. ¿Soy yo la guarda
de mi hermano? No sé dél.

CONDE. Tu castigo; esa cartera
me dad.

MARQUÉS. Aquí la tenéis.

(Dale una cartera con todo recado, y escribe.)

CONDE. Vos, Constanza, ¿qué pedís?

CONSTANZA. Justicia, o la pediré
al cielo de vos; pues vos
las veces de Dios tenéis.

CONDE. ¿Vos pedís...?

LEONOR. Misericordia

Pido, Señor, a tus pies.

BERENGUEL. No quiero misericordia.

CONDE. Ni yo de vos la tendré.

BERENGUEL. Muera yo como Caín
y por hierro.

CONSTANZA. ¡Qué crüel!

BERENGUEL. Más sangrienta me despida
mejor flecha otro Lamec.

CONDE. Este decreto llevad

A mis Consellers, que es
para que sentencien ellos,

si justicia se ha de hacer
de quien tan grande delito
cometió; vos llevaréis
al arzobispo y obispo...
(Da un papel a una, y otro a otra.)

MARQUÉS. ¡Qué atención!

CONDE. Este papel;

el eclesiástico brazo
me responda si podré
justamente perdonar;
uno y otro parecer
quiero ajustar, y conforme
lo más justo, obrar después;
Ea, vaya a la prisión.

CONSTANZA. Justicia, cielos.

LEONOR. Tened

piedad, cielos soberanos,
de una infelice mujer.

BERENGUEL. Denme los cielos castigo.
(Llévanle.)

CONSTANZA. Venganza el cielo me dé. (Vase.)

CONDE. ¡Un hijo, de dos que tuve,

dio al otro muerte crüel;
y para vengar al uno
dos hijos he de perder!

Salen SOLDADOS con arcabuces, CARDONA y CAMACHO presos.

SOLDADO 1º Muera el fratricida injusto;
todos desde aquí podéis
pedir justicia.

TODOS. Justicia

contra el que errado y cruel
cometió un delito contra
la humana y divina ley.

SOLDADO 1º. A la torre en que está preso
entremos todos, y en él
tomemos justa venganza.

TODOS. Muera Berenguel.

Sale EL CONDE.

CONDE. :Tened

hijos, vasallos, amigos,
¿A dónde vais? ¿Qué queréis?

SOLDADO 1º. Todos a pedir justicia
venimos.

CONDE. Soy vuestro rey.

SOLDADO 2º. Conde eres de Barcelona.

CONDE. Creed, que castigaré
al ingrato fratricida.

SOLDADO 1º. Tú, su padre, ¿has de verter su sangre?

CONDE. Vasallos míos,
de un hijo malo enfermé,
y la buena sangre sola
me han sacado de una vez;
Berenguel es la otra sangre
hijos, yo me sangraré,
y con sacarme la mala
volveré a convalecer.

SOLDADO 1º. Ser juez y padre a un tiempo no conviene.

CONDE. Decís bien;
pero yo no he de ser padre
el día que fuere juez.

SOLDADO 1º. A los pies de tu justicia,
todos queremos poner
nuestra venganza.

CONDE. Este peso
con dos balanzas haré
de mis dos brazos: en una
la piedad pienso poner,
y en la otra la justicia.

SOLDADO 2º. Pues mirad...

CONDE. Ya ¿qué tenéis?

SOLDADO 1º. Que en ajustándose el peso
no le pongáis por fiel
el corazón, que se irá
hacia la piedad después.

CONDE. Si a la balanza se fuere
de la piedad, cargaré
el odio que tengo a este
y el amor que tuve a aquel
en la distante balanza,
porque puestas a un nivel,
pueda el corazón entonces
dejarse llevar mas bien
del dolor del que ha perdido,
que del que puede perder.

SOLDADO 2º. Pues porque veáis que todos
queremos que castigéis
el delito, este criado
cómplice dicen que fue
en la muerte, y le traemos
a que el castigo le déis.

CONDE. Al Veguer mayor se entregue.

CARDONA. Señor, lleven al Veguer

a éste, que cómplice ha sido.

CAMACHO. Señor, éste fue el que fue de ayuda.

CARDONA. Yo sí de ayuda
(Ap. Este me debió de oler.)

CONDE. Hijos, yo os haré justicia.

SOLDADO 1º. Pues repetid todos.

SOLDADO 2º. ¿Qué?

TODOS. Que el conde de Barcelona Viva, y muera Berenguel. (Vanse.)

CONDE. Vulgo, desbocada fiera,
con quien el ejemplo priva,
si has de obligarme a que viva,
déjame también que muera.

¿Hola?

Sale EL MARQUÉS

MARQUÉS. ¿Señor?

CONDE. ¡Ay dolor!

Oh, Marqués, ¿ya habéis llegado?

¿En la torre habréis dejado
a Berenguel?

MARQUÉS. Sí, Señor;

para ponerle en prisión
los nobles me acompañaron,
tus Conselleres mandaron
tomarle la confesión,
y me deja enternecida
el alma, que a un inocente...

CONDE. Llegad ahora en que me siente,
Cansado estoy de la vida. (Siéntase.)

¿Qué ha confesado?

MARQUÉS. Una cosa
que al principio dio recelos.

CONDE. ¿Qué?

MARQUÉS. Que le mató por celos
de doña Leonor, su esposa,
y al Consejo dio un papel
suyo, y ya se ha comprobado
con Leonor; y han declarado
que no hay delito en él,
antes sólo a su deshonra
ha tenido confianza.

CONDE. La ira por su venganza
quitará su propia honra.

MARQUÉS. Ya el Consejo a promulgar
la sentencia ha de atender;
Constanza la ha de traer,

y vos la habéis de firmar.

CONDE. No será sentencia pía
si está probado el delito.

MARQUÉS. Y el obispo, por escrito
su parecer os envía,
Leonor la traerá después,
vuestra piedad es forzosa,
aunque el delito...

CONDE. Una cosa
quiero encargáros, Marqués;
el pueblo honrado y fiel,
porque a piedad no me obligue,
me ha pedido que castigue
a mi hijo Berenguel;
y si no arguye malicia,
es una lealtad muy fea
juntarse el pueblo, aunque sea
para pedirme justicia;

y así desde luego os mando...
MARQUÉS. Ya yo espero que me deis
la orden.

CONDE. Que castiguéis
a la cabeza del bando;
guardas de satisfacción
poned vos de vuestra mano,
porque ningún ciudadano
pueda entrar en la prisión,
y en los jardines primero
se pongan.

MARQUÉS. Así se hará.

CONDE. Porque por ellos podrá
saltar el pueblo, y no quiero
que se atrevan, confiados
de que su muerte conviene.
Sale CONSTANZA.

MARQUÉS. La infeliz Constanza viene
a hablarte.

CONDE. Llegue Constanza.

CONSTANZA. Esta la sentencia es (Dale un papel.)
que vuestro Consejo ha dado.

CONDE. ¡Cielos! ¿qué habrá sentenciado?

Idme leyendo, Marqués,
esa sentencia. ¡Ay de mí!

(Dale el papel.)

MARQUÉS. Vuestra Alteza no podrá...

CONDE. El llanto me cegará.

¿Cómo dice?

MARQUÉS. Dice así.

(Va a leer el Marqués, y atájale.)

CONDE. Tened, Marqués, que imagino
que entró Leonor, y así intento...

MARQUÉS. ¿Qué queréis?

CONDE. Cobrar aliento
para andar este camino.

CONSTANZA. Ved primero, que el rigor
De la justicia conviene.

Sale LEONOR.

LEONOR. La misericordia viene
En este papel,

CONSTANZA. Señor...

CONDE. Yo os daré satisfacción:
no desconfíes, Constanza,

CONSTANZA. Mal puede ir a la venganza
quien descansa en el perdón.

CONDE. Dadme ese papel a mí,
que sólo te quiero ver.

CONSTANZA. ¿Cómo ese puedes leer,
y este no pudiste?

CONDE. Así

de un cristal son los antojos
que uno se empieza a probar,
con unos puede mirar,
con otros ciega los ojos;
pues pruébese mi temor
a los ojos este día,
las lágrimas de alegría
y las que vierte el dolor;
y al cristal vendrá a imitar,
pues en el propio momento
verá con los de contento,
y no con los de pesar;
mas primero, para que
estén mejor prevenidos
mis ojos con mis oídos,
leed vos y yo leeré.

MARQUÉS. (Leo.) «Nos, deputados y consille-
«res, y varones nobles, que en la junta
«de los Ciento somos obligados a guar-
«dar justicia, teniendo delante de los
«ojos a Cristo crucificado y a su ben-
«dita Madre y al señor san Josef, nues-
«tro patrón.»

CONDE. (Lee.) «El obispo de Tarragona,
«obispo de Lérida, Huesca y Cerdan,

«abades y priores, habiéndose juntado
«de orden de vuestra Alteza a arbitrar
«sobre el presente delito y culpa.»

MARQUÉS. (Lee.) «Vistos los autos y culpa que
«contra don Berenguel resaltan, y por
«ellos parece que dio alevosa muerte
«al señor don Ramón (que Dios haya):
«viendo que nos ha dejado sin Prínci-
«pe natural, y aunque él suceda en el
«derecho de su hermano, es contra pie-
«dad común que se componga una co-
«rona de un delito.»

CONDE. (Lee.) «Viendo que quedamos sin
«Príncipe que suceda en esta corona,
«y que vuestra Alteza es dueño de las
«leyes, y que las puede derogar; y
«considerando que no se recoge la san-
«gre del señor don Ramón (que Dios
«haya), porque se derrame la que ha
«quedado.»

MARQUÉS. (Lee.) «Fallamos que debe ser de-
«gollado en público teatro, liara escar-
«miento de príncipes tiranos, y para
«que sea inmortal la justicia de los ca-
«talanes.»

CONDE. (Lee.) «Es nuestro parecer, use de
«misericordia y le perdone.»

(Representa.)

Viendo y oyendo allí enojos,
aquí conciertos debidos,
¿Qué fuera de mis oídos
si no fuera por mis ojos?

Agora queréis las dos...

LEONOR. Que de esa piedad te obligues.

CONSTANZA. Yo, que como Dios castigues,
que estás en lugar de Dios.

LEONOR. Si te llaman Vicedios
los que en su lugar te ven,
comparándote a él mas bien,
su ejemplo te ha de obligar,
que si a Dios has de imitar,
has de perdonar también.

CONSTANZA. Cuando en distintas balanzas
piedad y rigor pongamos,
acuérdate que llamamos
a Dios Dios de las venganzas;
y si a él le dan alabanzas,

después sabe castigar,
y así estando en su lugar
te comparamos las dos
al que representa a Dios,
¿Por qué no se ha de vengar?
LEONOR. Sí, pero aunque Dios el nombre
de Dios de Venganzas tenga,
no es porque el a sí se venga,
sino porque venga al hombre;
pues no uses el renombre
de crueldad.

CONSTANZA. Pues oye.

LEONOR. Di.

CONSTANZA. Parécete a Dios así
cuando quieras castigar,
a mí me puedes vengar
y no te vengues a ti:
si al hombre no castigara
Dios, quizá no le temiera.

LEONOR. Y quizá no le quisiera
si Dios no le perdonara.

CONSTANZA. En su ingratitud repara.

LEONOR. Repara en que agradecido
del perdón, viene rendido
a su piedad con su amor.

CONSTANZA. Hazme justicia, Señor.

LEONOR. Misericordia te pido.

CONSTANZA. Toma esta pluma, Señor,
y esta sentencia confirma.

LEONOR. Toma esta, y el perdón firma.

CONDE. ¡Dadme piedad y valor,
cielos justos!

LEONOR. El amor
de padre te ha de valer.

(Toma la cartera la una, y la otra aparta.)

CONSTANZA. Justicia debes hacer.

LEONOR. Misericordia te pido.

CONSTANZA. Mira que un hijo has perdido.

(Toma la pluma.)

LEONOR. Mira que otro has de perder.

CONDE. ¡Dios mío, vos me alumbrad

pues piadoso y justiciero
sois, ¿a dónde iré primero,
al rigor o a la piedad?

antes que hable mi crueldad,
vuestra voz oír quisiera.

VOCES. (Dentro.) ¡Muera el que dio muerte fiera

a su hermano!

CONDE. ¿Ya habláis vos?

TODOS. ¡Muera!

CONDE. El pueblo es voz de Dios,
Dios manda que mi hijo muera.

(Va escribiendo.)

Muera un hijo que tirano
dio a un padre tantos enojos:
más me han borrado los ojos
que lo que escribió la mano;
no puedo firmar, en vano,
mano, tropezando vas
en el papel, ¿no dirás
de qué es tanta suspensión?
el dedo del corazón
es que estorba los demás;
pues si el que me ha estorbado
ahora le apartaré,
ya la sentencia firmé,
«Yo el Conde» más desdichado.

LEONOR. ¿Cómo el perdón no has firmado?

CONDE. Dejar en esta ocasión
la firma en blanco me obligo,
ya que yo firmo el castigo,
que firme Dios el perdón.

LEONOR. De vuestra sentencia apelo...

MARQUÉS. No he visto sentencia igual.

LEONOR. Al superior tribunal
de las piedades del cielo.

CONDE. Pues sirvaos hoy de consuelo...

LEONOR. Justicia el cielo me hará.

CONDE. Que muy poco importará.

CONSTANZA. Vencí.

LEONOR. Mi esposo perdí.

CONDE. Que yo le castigue aquí,
si Dios le castiga allá.

(Vanse.)

Sale CARDONA, con grillos.

CARDONA. Hizo el Camacho crüel
ponerme en esta prisión,
dicen que por motilón
del hermano Berenguel;
de los golpes que le he dado
se ha vengado, vive el cielo,
fuerza tiene el Camachuelo,
de un soplo me ha derribado;
pero sufran esas cosas

los que en esos pasos andan,
hoy me han dicho que me mandan
echar ducientos ventosas;
y aunque es forzoso sentirlo,
consolarme en parte quiero,
que el mal dicen que primero
apuntaba a garrotillo,
y es fuerza que ha de bajar
el humor; pero si no,
haré cuenta que soy yo
el que se azota, y andar;
Señor, aquel que se inclina
a azotar, gasta cabaes
en la túnica cien reales,
cincuenta en la diciplina,
dos y medio en capirote,
cinco de abrojos después,
y de colonia otros tres
para atar en el azote;
luego busca dos menguados,
que al azotado primero
alumbran por su dinero,
y ellos son los azotados;
y luego de más a más
para que sean testigos,
busca parientes y amigos
que vayan todos detrás;
y cuando él va con trabajo
de irse las carnes abriendo,
enseñándole y diciendo
más arriba y más abajo,
y luego «guarda el Alcaide»,
aquí fue, por allá va;
pero el que se azota acá
le viene a salir de balde.
Sale RUFINA.

RUFINA. Sentenciáronle, ay de mí,
hoy morirá el desdichado.

CARDONA. Acá una mujer ha entrado
Llorando, ¿quién llora ahí?

RUFINA. Vengo con mil sentimientos
de la sentencia que he oído.

CARDONA. Ay, Camachuelo, has caído,
que me he hecho prestar ducientos;
mas yo se los pagaré.

RUFINA. No es eso lo que te digo.

CARDONA. ¿Qué es?

RUFINA. Que ha habido otro testigo
de vista, y que yo juré
de orden del Veguer mayor,
que en la muerte te has hallado,
y ahora te han sentenciado
a ahorcar.

CARDONA. Mejor que mejor.

RUFINA. ¿Mejor?

CARDONA. En esto me fundo.

RUFINA. ¿Eso un hombre ha de decir?

CARDONA. Hija, de haber de morir,
no hay otra muerte en el mundo.

RUFINA. ¿Eso te consuela ahora?

CARDONA. ¡Que haya quien desto se asombre!

RUFINA. ¿No es mejor morir un hombre
en su cama?

CARDONA. No señora

dale a uno un mal poco a poco,
mas si el tabardillo empieza,
le trasquilan la cabeza
como si estuviera loco;
luego una ayuda se aplica,
está el enfermo temblando,
entra el ayuda chorreando
perejil de la botica,
el enfermo la repara,
ora quiera, ora no quiera;
pero no lo consintiera
si se hiciera cara a cara;
y si uno se ve afligido
y pide en qué despachar,
lo quieren todos matar
porque no la ha detenido;
si la ayuda sale mala,
hay luego otro sentención,
y después como melón
la tornan a cata y cala;
luego dice el que irá sangrado,
para tomar mayor nombre,
después de dejar a un hombre
sin jugo: «Peste he sacado»;
entra uno, y dice: «Valor»;
entra otro: «¿Amigo, qué sientes?»
luego se van los parientes
a consultar el doctor
los jarabes, sin saber
si conviene que los tome;

si un pobre enfermo no come,
le quieren todos comer;
si come, que ya está bueno;
si se queja, que es regalo;
si duerme, que no está malo;
el séptimo, el catorceno,
y todas las agonías,
la flaqueza del sugeto,
la mucha sed, y, en efeto,
después de los treinta días,
al responso le condenan
muy tarde y mal despachado;
pero quien muere ahorcado
en el aire le despenan.

RUFINA. ¿En fin esa muerte tomas
de partido?

CARDONA. A esa me inclino,
que va un hombre en un pollino
como un senador de Roma;
y hace un hombre carabanas
con los ministros del Rey;
y luego como a un virey
le reciben con campanas;
y cuando esto llegue a ser,
sacan a un hombre a pasear,
y las damas del lugar
todas le salen a ver;
y, en fin, tanto se me obliga
cuando en el pollino voy,
que por si dudan quien soy,
va delante quien lo diga.

RUFINA. ¡Que tanto se viene a holgar
quien muere ahorcado!

CARDONA. ¿No es cierto,
si después de haberle muerto
se pone un rato a danzar?

RUFINA. ¡Ay! siempre lo dije yo. (Llora.)

CARDONA. ¿Qué es lo que dijiste? Di.

RUFINA. Que tenía el buen Cardona
cara de ahorcado.

CARDONA. Es así,
desde niño fui yo hermoso.

RUFINA. ¡Qué será verle subir
por la escalera a lo alto

CARDONA. Cierto que nunca creí
subir a tan alto puesto;
los méritos lo hacen.

RUFINA. ¿Y

moriréis de buena gana?

CARDONA. Ya la vida es toda un tris,

y morir el hombre este año

o el otro, todo es morir;

madres, las que parís hijos,

mirad cuando los parís

por qué los parís, mirad

por adónde los parís.

RUFINA. No saques la lengua al pueblo,

que harás al pueblo reír.

CARDONA. No me saques tú los dientes,

que eso yo lo haré por ti.

RUFINA. ¿Pues soy traidor?

CARDONA. Di, hechicera.

Sale EL MARQUÉS, CAMACHO y GUARDAS.

MARQUÉS. Todos podréis desde aquí

cuidar que no salte el pueblo

por las tapias del jardín

hoy morirá Berenguel;

mas no quiere permitir

el Conde que estas licencias

tome el pueblo.

GUARDA 1º. Desde aquí

defenderemos la entrada

por las tapias.

MARQUÉS. Y advertid

que deis muerte al que por ellas

subir quisiere.

GUARDA 2º. Sea así.

MARQUÉS. Vos, Cardona, ya estáis libre.

CARDONA. No hay que hablar, yo he de morir,

que estoy ahora bien puesto

con Dios, y puede venir

tiempo en que me coja el diablo

por hambre; haz esto por mí,

ahórquenme esta vez siquiera.

MARQUÉS. A estos jardines salid

presto.

CARDONA. Mirad que es quitarlo

de la horca.

MARQUÉS. Bien decís,

acabad de iros.

RUFINA. ¿Y lloras?

CARDONA. La santa Deigenitris

te lo perdone.

MARQUÉS. Rufina,

¿Tú qué quieres?

RUFINA. Vine aquí

a acompañar a Leonor.

BERENGUEL. (Dentro.) Hombre, déjame salir
al cuarto de aquesa torre.

RUFINA. Y allí quedaba; hacia allí
viene Berenguel.

Sale BERENGUEL.

BERENGUEL. Hermano,

¿Qué es lo que quieres de mí?

en sombra te me pareces;

oh quién fuera tan feliz

que te volviera la vida

que te quité, porque así

te volviera yo a matar,

si volvieras a vivir.

MARQUÉS. ¿Señor?

BERENGUEL. Vos, ¿qué me queréis?

MARQUÉS. Avisarte...

BERENGUEL. Idos de aquí.

MARQUÉS. Que tu padre...

BERENGUEL. Yo no tengo

padre, de un monte nací.

MARQUÉS. Bien decís, que vuestro padre
no lo es ya.

BERENGUEL. No os entendí.

MARQUÉS. Porque hoy ha sido juez.

BERENGUEL. ¿Juez ha sido?

MARQUÉS. Señor, sí.

BERENGUEL. ¿Pues qué ha mandado?

MARQUÉS. Que os diga...

BERENGUEL. ¿Qué?

MARQUÉS. Que habéis de morir. (Vase.)

BERENGUEL. ¿Pues puede él quitar el reino

a su príncipe? ¿A qué fin

ha firmado injustamente

la sentencia contra sí?

Mas vénguese, muera yo,

porque no pueda decir,

quien supiere esta venganza,

más de que no estaba en sí.

CANTAN. (Dentro.) Por celos y por envidia,

la noche más infeliz,

Berenguel mató a Ramón

en las faldas del Monjuí.

BERENGUEL. Es verdad, yo le di muerte;

¡Lo que me alegro de oír!
«¡Berenguel mató a Ramón
en las faldas del Monjuí!»
CANTAN. (Dentro.) Vasallos, si la justicia
os mueve, al cielo pedid
«Que el que dio la muerte a Abel
que muera como Caín».
BERENGUEL. Y yo le rogaré al cielo,
pues todos sois contra mí,
«Que el que dio la muerte a Abel,
que muera como Caín».
Sale EL CONDE.
CONDE. Vuestro padre, Berenguel,
ahora viene a cumplir
con la obligación de serio.
BERENGUEL. ¿Pues vos no firmasteis?
CONDE. Sí,
contra vos firmé sentencia
de muerte.
BERENGUEL. Pues ea, decid,
¿En qué sois mi padre?
CONDE. El pueblo
dice que habéis de morir.
BERENGUEL. ¿Suspendistes la sentencia?
CONDE. Antes al Consejo di
orden para ejecutar
la sentencia.
BERENGUEL. ¿Como así
castiga un padre a su hijo?
CONDE. Donde la sentencia di
era juez.
BERENGUEL. Pues decid, ¿dónde
habéis de ser padre?
CONDE. Aquí
hijo, cuando os di sentencia
de muerte, ya yo cumplí
con la obligación de rey;
ahora me falta...
BERENGUEL. Decid.
CONDE. Ser padre; la noche ya
ha empezado a descubrir
por esos montes, y pues
ese murado jardín
tiene una puerta de hierro,
por ella podéis huir
de mi justicia, si os da
mi piedad para salir

estas dos llaves; al mar
hallaréis para embarcaros
prevenido un bergantín;
que yo, para que las guardas
no os sientan, vuelvo a fingir
que estoy hablando con vos
en este cuarto; salid
de aqueste riesgo; Constanza
se entró en la torre tras mí;
el pueblo, banderizado,
pide vuestra muerte; huid,
si vuestra vida y la mía
estimáis, para que así,
perdonando y castigando
a un tiempo, pueda decir
que si allí obré como rey,
obro como padre aquí.

(Tocan cajas.)

BERENGUEL. En fin, ¿el pueblo desea
que me deis muerte?

CONDE. ¿No oís
las cajas y las trompetas,
con que en herrado motín
es soldado cada uno,
y cada uno adalid?

BERENGUEL. ¿Y decís que en ese cuarto
habéis de entrar, porque así
las guardas puedan pensar
que me estáis hablando?

CONDE. Sí.
(Dale las llaves.)

BERENGUEL. Pues dadme las llaves.

CONDE. Estas
son las llaves.

BERENGUEL. Pueblo vil,
pues que deseas mi muerte,
yo me vengaré de ti.

CONDE. Ea, ¿no pedís perdón?

BERENGUEL. Yo ¿de qué le he de pedir?

CONDE. ¿Y no me abrazáis?

BERENGUEL. Pues tú,
dime, ¿qué has hecho por mí?

CONDE. Darte la vida.

BERENGUEL. La vida,
si me la das, es a fin

de no quedarte sin hijo.

¿Pues por qué me has de pedir

que yo por mí te agradezca
lo que no haces por mí?
Y plegue a los cielos...

CONDE. Calla,
ingrato.

BERENGUEL. Que si el salir
desta prisión ha de ser
para vengarme de ti...

MÚSICOS. (Dentro.) Que el que dio la muerte a Abel,
que muera como Caín.

CONDE. ¿Hijo?

BERENGUEL. No me llames hijo.

CONDE. Mira que pueden salir
las guardas, y contarán
en la ciudad que yo fui
el que te dio libertad.

BERENGUEL. Voime.

CONDE. Dos hijos perdí.

BERENGUEL. Cielos si ahora me vengáis,
cielos, si ahora no acudís
con vuestra piedad al ruego,
yo dichoso...

CONDE. Yo infeliz. (Vase.)

BERENGUEL. ¿Qué me persigues, hermano?

¿Qué quiere el cielo de mí?

Desde esa media región
hecho del vapor sutil
como sabe que soy risco,
me quiere el rayo embestir;
iréme por otra puerta.

(Va a salir turbado, como mirando al cielo, y tropieza en las armas.)

Sale EL CONDE.

CONDE. Desde aquí quiero fingir
que hablo con Berenguel,
mientras huye el infeliz.
(Tropezando.)

BERENGUEL. Hasta la puerta de hierro
deste murado jardín,
las centinelas hicieron
fuegos del alto Monjuí
si no ha sido que hasta ahora
dura aquel que yo encendí;
el relámpago y el trueno,
uno y otro son allí

sobresalto para el ver,
y susto para el oír;
¿Si acertaré con la puerta?
CONDE. Berenguel, tú has de morir.
BERENGUEL. ¿Ha de morir Berenguel?
CONDE. El cielo lo quiere así.
BERENGUEL. Pues no ha de querer el cielo,
que contra él iré a decir,
si no me quita la voz...
(Hace que quiere hablar, y enmudece.)
GUARDA 1º. Guardas del Duque, salid,
que han escalado las tapias,
y han entrado en el jardín
los populares.
Salen DOS GUARDAS con arcabuces.
Entre estas
llamas el ruido sentí.
GUARDA 2º. Advertid que puede ser
Berenguel.
GUARDA 1º. Ahora oí
que el Conde con él hablaba.
GUARDA 2º. Pues disparad.
(Dispara la Guarda adonde está Berenguel, y cae en el tablado.)

BERENGUEL. ¡Ay de mí!
CONDE. Hola, ¿dónde habéis tirado?
GUARDA 2º. Yo disparé donde vi
un bulto que por las hiedras
iba saltando al jardín,
y así lo tengo por orden.
Salen EL MARQUÉS, LEONOR, CONSTANZA y TODOS.
MARQUÉS. Venid todos hacia aquí.
CONDE. Que hacia aquí se ve el estruendo.
LEONOR. Válgame el cielo, ¿qué vi?
CONDE. Cielos, ¿qué es esto que miro?
MARQUÉS. ¿Quién le dio muerte?
LEONOR. ¡Ay de mí!
SOLDADO. Yo le di muerte por yerro,
yo soy el que se la di.
CONDE. Yo le vine a dar la vida,
no quiso el cielo, y así
el que dio la muerte a Abel
ha muerto como Caín
y este caso verdadero
tendrá más felice fin
si don Francisco de Rojas
perdón llega a conseguir.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

